

# amor *caníbal* | LA ERÓTICA DE LA LECTURA

Mónica Sánchez



trazos  
EDITORIALES

Universidad Veracruzana

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto  
para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales.  
Todas las formas de reproducción, adaptación y/o traducción por medios mecánicos  
o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

Se debe obtener autorización de la Universidad Veracruzana  
para cualquier uso comercial.

La persona o institución que distorsione, mutile o modifique el contenido de la obra  
será responsable por las acciones legales que genere e indemnizará  
a la Universidad Veracruzana por cualquier obligación que surja  
conforme a la legislación aplicable.

Encuentra más libros en Acceso Abierto en:  
<https://libreria.uv.mx/acceso-abierto.html>





AMOR CANÍBAL

---

La erótica de la lectura

**trazos**  
EDITORIALES

# UNIVERSIDAD VERACRUZANA

---

MARTÍN GERARDO AGUILAR SÁNCHEZ

Rector

ARTURO AGUILAR YE

Secretario Académico

LIZBETH MARGARITA VIVEROS CANCINO

Secretaria de Administración y Finanzas

JAQUELINE DEL CARMEN JONGITUD ZAMORA

Secretaria de Desarrollo Institucional

AGUSTÍN DEL MORAL TEJEDA

Director Editorial

# amor *caníbal* | LA ERÓTICA DE LA LECTURA

Mónica Sánchez



Universidad Veracruzana  
Dirección Editorial

Clasificación LC: PN56.E7 S26 2025  
Clasif. Dewey: 809.933538  
Autor: Sánchez, Mónica.  
Título: Amor caníbal : la erótica de la lectura / Mónica Sánchez.  
Edición: Primera edición.  
Pie de imprenta: Xalapa, Veracruz, México : Universidad Veracruzana, Dirección Editorial, 2025.  
Descripción física: 150 páginas ; 26 cm.  
Serie: (Trazos editoriales)  
Nota: Bibliografía: páginas 145-150.  
ISBN: 9789689735021  
Materias: Literatura erótica--Historia y crítica.  
Erotismo en la literatura.  
Libros y lectura.

DGBUV 2025/42

Primera edición: 3 de octubre de 2025

D.R. © Universidad Veracruzana

Dirección Editorial

Nogueira núm. 7, Centro, CP 91000

Xalapa, Veracruz, México

Tels. 228 818 59 80; 228 818 13 88

[direccioneditorial@uv.mx](mailto:direccioneditorial@uv.mx)

<https://www.uv.mx/editorial>

ISBN: 978-968-9735-02-1

DOI: 10.25009/uv.9735021

Diseño de colección: Aída Pozos Villanueva

Ilustración de forros: Aram Huerta

Este libro fue editado bajo un proceso certificado por la Norma ISO 9001:2015

Impreso en México / *Printed in Mexico*

# CONTENIDO



Introducción, 13



El placer físico de leer, 15

La raíz sumeria, 21

Una habitación con llave, 25

Posesión literal, 29

Efebos, nínfulas y un regalo de bodas, 35

Juegos previos: caricias y susurros, 41

La voz que penetra, 45

Onanismo lector, 51

Libros para leer con una sola mano, 55

Afrodisíacos, ansiolíticos, escape, 61

Brevísima aproximación a la prostitución literaria, 65

Donjuanes y obsesos, 71

Ménage à trois, 73

(In)vestidos para leer, 79

Lectura y bestialismo, 85

Sexteo y otras experiencias epistolares, 91

|                                                        |
|--------------------------------------------------------|
| La carne se hace texto, 95                             |
| El Kamasutra de la lectura, 99                         |
| <i>Hysterical literature</i> : un burdo error, 101     |
| Un señuelo llamado libro, 103                          |
| La atracción por vía literaria, 107                    |
| Lectores enterradores y ginecólogos de la lectura, 111 |
| Fustas librescas, 117                                  |
| La cama, refugio de lectores hedonistas, 121           |
| Respirar el texto (el cuerpo), 127                     |
| Bibliotecas contra el lector frígido, 131              |
| Elogio a la práctica textual, 135                      |
| A modo de conclusión: crucémonos en paz, 139           |
| Epílogo, 143                                           |
| Bibliografía, 145                                      |

*Para ti*  
*Para mi hermana*  
*Para los muertos*

---



¿Será cierto que uno puede atar a una muchacha  
con la escritura?

FRANZ KAFKA

El texto que usted escribe debe probarme que me  
desea.

ROLAND BARTHES

---



## INTRODUCCIÓN

---

**C**uando un lector (ideal) se entrega a un texto (ideal para él), descubre que las eses, las efes, las jotas u otros bucles que recorren el papel se transforman en sogas que lo amarran con fuerza a ese texto concreto, que no fue escrito para él, pero que, sin embargo, parece hecho a su medida. La concatenación de esas letras, y no de otras, ata al solitario lector y lo arrastra hacia un terreno erótico (de transgresión) que abre cicatrices interiores y estimula una profunda pasión por lo aparentemente inerte. Después de todo, aunque las palabras no respiran, ¿quién les negaría el aliento?

El texto seductor somete al lector a una paradoja mayúscula: al esclavizarlo, lo libera. Contra la grisura de la vida cotidiana, hay textos que desnudan al lector y visibilizan sus desgarraduras más íntimas. Este se pregunta que cómo ese otro, llamado autor, logró apresarlas (describirlas) y arrojárse las. Como símil, la rocambolesca historia de Aristófanes en *El banquete* de Platón. Iracundo, Zeus lanzó su rayo sobre las esferas perfectas que eran los humanos y estos vivieron para siempre escindidos y persiguiendo su mitad. En nuestro caso, los lectores demediados buscan su otra parte (su reflejo) en un vasto universo libresco. Un ejército de letraheridos deambula por las librerías, bibliotecas, ferias, y también navega por la red para hallar esos fragmentos que lo completan. Si lector y texto tienen la fortuna de reconocerse, terminan fundiéndose bajo las sábanas arrebujadas; a la luz de una lámpara art déco, a pesar del traqueteo de un tren de cercanías, sobre una roca húmeda frente al oleaje, en un café o arrellanados en un sillón verde con orejeras (como le ocurre al protagonista de *La continuidad de los parques*, de Julio Cortázar). Cuando el texto se hace cuerpo,

entonces la ficción se transforma en realidad y esta se adhiere al universo de lo ficticio. No hay mejor ejemplo de lo anterior que el extraordinario relato de Karen Blixen, *La historia inmortal*, un delicioso manjar de condensación literaria. El señor Clay descubre el poder benéfico de la lectura gracias a Elishama, un joven empleado que, a falta de otros volúmenes, lee a su jefe los antiguos libros de contabilidad. El anciano no solo halla en la lectura el bálsamo que andaba buscando para su mermada memoria, sino también una aventura extrema: la posibilidad de multiplicar la vida. “Quiero que la historia que te conté anoche suceda en la vida real, a gente real”.

A nuestros ojos reverbera el prodigio: autor y lector, aferrados al ovillo realidad-ficción, se sitúan en los vértices de un búmeran que siempre vuelve.

## EL PLACER FÍSICO DE LEER

---

**H**ay que vindicar, por qué no, los amores caníbales que surgen entre letra y cuerpo. Devoramos libros, fagocitamos palabras, rumiamos versos o digerimos frases. Esta es una de las grandes alegorías en torno a la lectura: nos alimentamos de ella y, de cierta manera, en la acción de leer nos merendamos al autor. En el Antiguo Testamento, tanto en el Apocalipsis como en el Libro de Ezequiel, se nos describe la ingestión del texto físico como una comunión entre la palabra y el hombre.

Y tomé el librito de la mano del ángel, y lo devoré: y era dulce en mi boca como la miel; y cuando lo hube devorado, amargó mi vientre.

(APOCALIPSIS 10:10)

Y me dijo: Hijo de hombre, alimenta tu vientre, y llena tus entrañas de este rollo que yo te doy. Y lo comí, y fue en mi boca dulce como miel.

(EZEQUIEL 3:3)

Las palabras escritas se acomodan en la lengua y dejan un regusto a maná engañoso, a terrón de azúcar relleno de hiel. A la verdad de las mentiras. A más voracidad, más filia, pero también más agitación. La lectura es un ejercicio fisiológico y amatorio de gran calado. Jean Echenoz asegura que quiere “reivindicar el placer físico de leer”. Hay textos que laceran y liberan. Hay fragmentos que se desgajan del libro, como la uva del racimo, y recorren lectores en busca de reconoci-

miento e identidad. Salvador Dalí lo retrató en su cuadro *Libro transformándose en una mujer desnuda*. Para ciertos lectores, en ciertos días, bajo ciertas luces de lámpara, la curvatura de la página abierta, y su tono sepia, se convierte en el muslo gelatinoso de una mujer o de un hombre. Walt Whitman, en la edición de 1860 de *Hojas de hierba*, exhortaba a sus lectores:

Camarada, esto no es un libro,  
el que lo toca, toca a un hombre  
(¿es de noche? ¿Estamos solos los dos?).  
Me tienes a mí y yo te tengo, me sujetas y te sujeto,  
salto desde las páginas a tus brazos, la muerte me llama.

16

En la misma línea de voracidad, el siguiente fragmento de *Thomas El Oscuro*, de Maurice Blanchot, una novela enigmática y feroz:

Lejos de apartarse de un texto tan bien defendido, se entregó con todas sus fuerzas a apropiárselo, rehusando obstinadamente retirar la mirada, creyendo ser todavía un lector profundo, cuando ya las palabras se apoderaban de él y comenzaban a leerle. Estaba atrapado; moldeado por manos inteligibles, mordido por un diente rebosante de savia; penetró, con su cuerpo vivo, en las formas anónimas de las palabras, entregándoles su sustancia, fundando sus relaciones, ofreciendo a la palabra ser su ser. Durante horas permaneció inmóvil, con la palabra ojos, de cuando en cuando, en el lugar de los ojos: estaba inerte, fascinado y desnudo.

Asistimos a la gestación de un campo de batalla, de una partida ajedrecística donde el lector husmea entre líneas para anticiparse a las estrategias seductoras del escritor. Edith Wharton clasificó a los lectores en mecánicos y natos. El descrito por Maurice Blanchot es un lector nato, un cuerpo deseante con disposición para atravesar otro cuerpo. Se trata de esa especie de amantes que contemplan al amado sin obligaciones ni preceptiva, y a los que no les mueve más finalidad que la de consumir la relación *carnal* con el texto. Los mecánicos, sin embargo, remedan burócratas, aduladores, filisteos e impostores.

Es obvio que al lector mecánico, al tomar cada libro por separado como si fuera un ente suspendido en lo inane, se le escapan todos los atajos y encrucijadas de su asunto. Se parece al turista que va de una *vista* a otra sin mirar nada que no esté en su guía de viaje. Las delicias del merodeo intelectual, la busca improvisada tras una alusión fugaz, sugerida a veces por el giro de una frase o por la mera complexión de una palabra, las ignora serenamente.

El mecánico (pensante) simula que come o traga como quien cumple una encomienda; el lector nato (sentipensante) prueba, digiere, absorbe y hasta excreta las impurezas del texto, en caso necesario. Cuando se adquiere la conciencia de que la lectura se burla de los límites, el deseo y el placer irrumpen en el acto performático de sumergirse en un otro ausente; ese que, sin embargo, nos acaricia, golpea o cosquillea como si retozara en nuestro lecho.



El niño bravucón, que correteaba tras las palomas, se abrió la cabeza con el grifo herrumbroso de una fuente. El sonido del metal incrustándose en su cráneo enmudeció por unos segundos aquel claro del parque. De inmediato, las palomas, libres de su perseguidor, emprendieron vuelo. En su huida, las aves arrojaron sobre nosotros, los niños, algunas plumas enfurruñadas, y una paleta de palominas de disparejos tonos verdes. De aquella escena, recuerdo los aullidos de la madre pidiendo auxilio, mientras la sangre brotaba de la coronilla abierta de su hijo, un niño babeante y desconcertado, sin la arrogancia y fuste de los que había hecho gala en los minutos previos.



Ese día, descubrí que era una temeridad deambular por la vida con la cabeza al descubierto. A falta de yelmo, ideé estrategias de supervivencia. Cada noche, recreaba con mis sábanas la sinuosa entrada de una caverna y reptaba hasta encontrar acomodo en ella. En mi refugio, podía hacer y deshacer a la luz de una linterna: perfeccionaba las sombras chinescas del águila negra o del perro triste, practicaba el código morse recién aprendido en *Los jóvenes castores*, pero, sobre todo, leía. En mi caverna, me enamoré y sufrí por *Miguel Strogoff*, el intrépido correo del zar. Recientemente, rescaté de los estantes de una librería una cuidada edición de esta novela con ilustraciones de Jules Férat. Sin embargo, para el horror, supongo, de Julio Verne, tras un par de capítulos renuncié a ella. Busqué la colección de Joyas Literarias Juveniles, esos cómics-precisas-máquinas-de-generar-lectores de los setenta que adaptaban obras de Salgari, Mark Twain, Fenimore Cooper, Stevenson, Karl May o el propio Verne. En sus páginas, me reencontré con mi Miguel Strogoff: varonil, de angulosas facciones eslavas, ni rubio ni moreno, fibroso, aguerrido y capaz de protagonizar batallas cuerpo a cuerpo con osos enfurecidos a quienes dego-

llaba, aunque les pedía perdón con las manos y la pechera de su camisa aún ensangrentadas.

Siempre me perturbó la escena de la tortura infligida al correo del zar por los tártaros rebeldes. “¡Abre bien los ojos! ¡Mira!”, le increpaban los verdugos como una letanía. Strogoff no se doblegaba ni suplicaba, porque él mismo era el *libro* que contenía un texto capaz de librar a los suyos de la *barbarie*. El ejecutor pasaba por los ojos de Miguel Strogoff un sable con la hoja al rojo vivo. Ni en ese instante flaqueaba el héroe. Bajo las sábanas, la niña lectora que fui aspiraba a transformarse en la bella Nadia para huir con él por la tundra siberiana. Aquella niña lectora no cuestionó el final rocambolesco, *deux ex machina*, inverosímil, rizador del rizo, escrito por Julio Verne: el viril correo del zar no enceguecía. Segundos antes de la tortura, sus lágrimas se habían convertido en una capa de vapor que neutralizó el devastador poder del hierro candente en sus pupilas. Sucumbí, por primera vez, a la mentira. También a un hombre de acción que había protegido, hasta las últimas consecuencias, la palabra escrita.



## LA RAÍZ SUMERIA

---

**E**n sus libros y conferencias, Alberto Manguel recuerda a menudo “una anécdota que conmueve”. Se trata del contenido de una carta enviada, en el siglo XVII a. C., de los Montes Zagros a una aldea de Mesopotamia. El remitente escribe al destinatario:

Tus palabras me han llenado de placer. Tuve la impresión de que tú y yo nos habíamos encontrado y nos habíamos abrazado.

Han transcurrido más de tres mil años desde que ese hombre, armado con un tallo vegetal en forma de cuña, escindiera la arcilla y describiera al amigo sus sensaciones de lector. Las palabras escritas burlan distancias, fronteras y épocas. Reviven al ausente y acercan al perdido. Despiertan la erótica del placer y también, la del dolor. De la cosmología sumeria –descrita en *La historia empieza en Sumer* de Samuel Noah Kramer– se conserva la teoría del poder multiplicador de la palabra:

Para el dios creador era suficiente establecer un plan, emitir una palabra y pronunciar un nombre, y he aquí que la cosa prevista y planeada adquiría existencia propia.

El amor y el sexo se hermanaron cuando se cinceló en una tablilla acadiana la tormentosa relación entre el dios Enlil y la diosa Ninlil:

El Señor le habló de amor (¿) pero ella rehusó:

“Mi vagina es demasiado pequeña y no conoce la cópula,

Mis labios son demasiado pequeños y no conocen los besos...”

No sería descabellado suponer que este escrito fuera uno de los primeros en excitar la imaginación calenturienta de nuestros ancestros, acostumbrados, sin embargo, a las escenas gráficas sexuales, como la célebre pintura rupestre hallada en las cuevas de Lascaux (del 15,500 a. C.): un cazador con el pene erecto y el rostro cubierto con una máscara de ave observa de frente a un bisonte desentrañado y moribundo. Sin duda, hubo vida sexualmente bestial mucho antes de Sade o Sacher-Masoch.

22 Con la escritura, imagen y literatura oral dejaron de ser las únicas maneras posibles de representar la realidad (y/o las pulsiones). Paso a paso, la lectura (una acción no innata al hombre) gana adeptos, aunque, como ha ocurrido con otras conquistas de la humanidad, cuenta en sus filas con *mártires* que sufrieron en piel propia la imposición del texto escrito. En las protoescuelas sumerias la vara fustigadora de los escribas restallaba sobre la piel de los estudiantes más rezagados. Los apólogos del castigo corporal estaban a la orden del día: “Los muchachos tienen las orejas en los lomos, cuando les pegan, escuchan”. Como el remero en las galeras, estos primeros aprendices de lectores estaban encadenados a la palabra escrita.

En la acción fisiológica de leer, como en el fornicio, se experimenta dolor y placer (un *bondage* liberador). La lectura nace como herramienta evolutiva que favorece la supervivencia a quien la practique. Mientras añade significación, borra fronteras y difumina los barrotes de nuestras cárceles corpóreas y limitantes. Una vez superada la fase del dolor –la impotencia ante grafemas, morfemas, palabras, contextos, que nada nos dicen–, el placer por la lectura se inocular en dosis que puede producir lectores extremos, sin volición y condenados al desvarío. Ante la palabra escrita, los lectores se excitan, acongojan, ofuscan, asquean, evaden, temen, padecen, carcajean, deliran, sollozan o fluctúan de uno a otro estado. Milenios más tarde, la neurociencia quita cierto romanticismo al asunto. Si la lectura tiene analogías con un combate cuerpo a cuerpo entre dos amantes (reticencias iniciales, entrega absoluta y sensación final de vacío), la neurociencia aclara el motivo: las áreas del cerebro que se activan cuando un individuo hace el amor son las mismas que reaccionan cuando ese individuo lee la frase “hago el amor”. Al parecer, las resonancias magnéticas no engañan y nuestro cerebro equipara lo vivido con lo leído. En este

sentido, Antonio Basanta en *Leer contra la nada* describe su paso por una muestra dedicada al cerebro humano, en el Museo de Historia Natural londinense. Al final de la exposición “se exhibía a gran tamaño, la reproducción de un cerebro humano. Sobre él, un conjunto de focos iluminaba las zonas que cerebralmente entraban en actividad según uno desempeñara cada una de las tareas que, ordenadas a la perfección, se registraban en un panel adosado a una de las paredes”. Si la tarea era ver la televisión, se iluminaban cinco de las cincuenta y nueve áreas, pero si la tarea consistía en leer textos literarios se prendían la totalidad de los focos: “En el instante mismo de leer, todo nuestro cerebro entra en ebullición”.



## UNA HABITACIÓN CON LLAVE

---

**E**n el mundo de las letras se selecciona, se opta y hasta, disculpen el chiste fácil, se coge. En las relaciones más placenteras los amantes se eligen. Dicho de otra manera, los amantes se interpretan (se leen). El verbo latino *legere* –del que derivó leer, pero también otros vocablos como legionario (“el escogido”)– proviene de la raíz indoeuropea *leg* y de la palabra griega *légein* (escoger, recoger o recolectar).

Hay autores que, cuando escriben, tienen en mente a un lector modelo –según la terminología de Umberto Eco– y no a otro: “Yo repudio los lectores –señaló Ramón Gómez de la Serna– que necesitan encontrar llena de cilicios y penitencias la lectura”. Otros polígrafos, sin embargo, morirían por los dedos lánguidos de Ana Karenina deslizándose por sus páginas.

Algunos coleccionamos lecturas (y lectores) como otros coleccionan cuerpos. O coleccionamos lecturas, lectores y cuerpos, porque si bien la lectura pudiera postergar los afanes del cuerpo, ni los impide ni los desalienta. Clarice Lispector, en su cuento *La felicidad clandestina*, describe con perturbadora exactitud la relación erótica que se establece entre una lectora y un libro.

Cogí el libro. No, no partí saltando como siempre. Me fui caminando muy despacio. Sé que sostenía el grueso libro con las dos manos, apretándolo contra el pecho. Poco importa también cuánto tardé en llegar a casa. Tenía el pecho caliente, el corazón pensativo. Al llegar a casa no empecé a leer. Simulaba que no lo tenía, únicamente para sentir después el sobresalto de tenerlo. Horas más tarde lo abrí, leí unas líneas maravillosas, volví a cerrarlo,

me fui a pasear por la casa, lo postergué más aun yendo a comer pan con mantequilla, fingí no saber dónde había guardado el libro, lo encontraba, le abría por unos instantes. Creaba los obstáculos más falsos para esa cosa clandestina que era la felicidad. Para mí la felicidad siempre habría de ser clandestina. Era como si yo lo presintiera. ¡Cuánto me demoré! Vivía en el aire... había en mí orgullo y pudor. Yo era una reina delicada. A veces me sentaba en la hamaca para balancearme con el libro abierto en el regazo, sin tocarlo, en un éxtasis purísimo. No era más una niña con un libro: era una mujer con su amante.

26

La corporalidad del objeto deseado no es cuestión baladí, como nunca lo ha sido la anatomía del amante. ¿Se experimenta el mismo placer ante un libro que frente a una pantalla electrónica? ¿La atracción por la palabra esculpida en el tronco de un árbol es más efímera que la tallada por el ángulo diedro de una cuña sobre la arcilla? ¿Los píxeles dejan más huella que la litografía? Aventuramos, sin meternos de momento en honduras, que el placer no se circunscribe a regla alguna y que la felicidad clandestina subsiste más allá del formato. De siempre, clandestinidad y postergación incendian el deseo (también en el leyente). El texto es el corazón; el libro, el artefacto literario, la máquina generadora de lectores. Son pocos los actos fisiológicos –del comer al defecar; del respirar al expirar– que logran burlarse de nuestra corpórea insignificancia: fornicar sería uno de ellos; leer, otro. En ambos casos, el enamoramiento no es imprescindible, pero facilita las cosas. Roland Barthes halló en un fragmento de *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust la defensa más pura del erotismo de la lectura. ¿Quién no se ha encerrado en un baño para evadirse de mil maneras de la realidad que hay más allá de ese reducto íntimo y escatológico?

Me subía a llorar a lo más alto de la casa, junto al tejado, a una habitación que estaba al lado de la sala de estudio, que olía a lirio, y que estaba aromada, además, por el perfume de un grosellero que crecía afuera, entre las piedras del muro, y que introducía una rama de flores por la entreabierta ventana. Este cuarto, que estaba destinado a un uso más especial y vulgar, y desde el cual se dominaba durante el día claro hasta el torreón de Roussainville-le-Pin, me sirvió de refugio mucho tiempo, sin duda por ser

el único donde podía encerrarme con llave para aquellas de mis ocupaciones que exigían una soledad inviolable: la lectura, el ensueño, el llanto y la voluptuosidad.

La lectura solitaria, que se impuso desde el siglo XVIII, no es la única lectura posible; sin embargo, la intimidad que se alcanza en esta, difícilmente se obtiene en una lectura colectiva, donde el convivio distrae del flujo de comunicación (de ternura y repulsa) que se establece entre un texto yacente, susceptible de inflamarse y ponerse erecto, y un lector que recibe y (se) transforma. La consumación (la lectura de un libro) requiere de un periodo de seducción, incluso de una danza de miradas para estimular los sentidos: del olfato (¿hay que concederle un valor afrodisiaco al olor de la tinta o al levísimo aroma del pegamento del engomado?) al tacto (¿incitan al enamoramiento las vetas del cartón verjurado?).

27

Italo Calvino, en *Si una noche de invierno un viajero*, bosqueja los pasos a seguir para culminar el encuentro:

Cierto que también este girar en torno al libro, leerlo alrededor antes de leerlo por dentro, forma parte del placer del libro nuevo, pero como todos los placeres preliminares tiene una duración óptima si se quiere que sirva para empujar hacia el placer más consistente de la consumación del acto; esto es, de la lectura del libro.



## POSESIÓN LITERAL

---

**L**as raíces etimológicas nos hunden en arenas movedizas, territorios incómodos que fragmentan las idealizaciones antes señaladas –virginales, cortesés y algo *naïfs*–, y nos confrontan con regiones humanas de perversidad a flor de piel. La historia de la lectura no se libra de esa parte oscura, de bestia que husmea recovecos en los que existir sin hacerse notar hasta la depredación.

Aunque ganó la partida el vocablo *légein*, los griegos del siglo V a. C. tenían más de diez verbos para designar esta acción. En 1950 Pierre Chantraine publicó un artículo centrado en cuatro de ellos. Jesper Svenbro retomó este estudio y vino a recordarnos la perspectiva más molesta, ateniéndose a los orígenes filológicos de uno de los verbos dorios: *ananémein*, que literalmente significa “distribuir”. El lector de la Grecia arcaica distribuía el *textus* (el “tejido”) cumpliendo las órdenes del escritor o del dueño de la palabra escrita. Lo escrito sin voz era menos que media naranja. Para paliar esa realidad fragmentada, el lector se transforma en un instrumento y presta su voz. Frente al carácter del escritor (activo y dominante), la sumisión de aquel que reconoce la palabra escrita, la verbaliza y distribuye entre los oyentes. La inscripción dórica hallada en una vasija, de las primeras décadas del siglo V a. C., sorprende, tanto si su mensaje se interpreta desde la literalidad como desde la metonimia: “El que escribe estas palabras dará por el ano (*pugíxei*) a quien haga su lectura”. Ante lo anterior, argumenta Svenbro:

Leer era aquí, por consiguiente, hallarse en el papel de pareja pasiva, despreciada; mientras que el escritor se identificaba con la pareja activa, dominante y valorada.

Leían los efebos esclavizados (e incluso sodomizados), mientras que su amo (el ciudadano) se mantenía al margen de la palabra escrita y, de vez en cuando, dentro de la carne ajena. Los filósofos (Sócrates, a la cabeza, a tenor del *Fedro* de Platón) no ocultaban sus suspicacias hacia la palabra escrita, y dudaban de la eficacia de la misma, incluso como fármaco de la memoria y de la sabiduría.

30 En 1928, René Magritte pintó el óleo *La LECTRICE SOUMISE*. Esta lectora sumisa que retrata el artista belga –una criatura andrógina y probablemente adolescente– sostiene un libro abierto entre sus manos. Se apoya en un muro azul, cubriendo sus espaldas, pero no logra desligarse de su propia sombra amenazante. La sombra recuerda que no es la lectora quien domeña el texto. Más bien, todo lo contrario: el texto ilumina y ensombrece el cuerpo de la muchacha. El libro lee activamente a la adolescente y por la gestualidad de esta se vislumbran miedos atávicos. Los detectamos en su rostro contraído, por su mirada atónita, a través de sus ojos alarmados y clavados en las líneas oscuras que rebosan palabras, o en su boca entreabierta, ya sea por estupefacción, ya sea porque está leyendo en voz alta. La lectura nos posee, nos envenena y somete. El fantasma del autor domina toda una urdimbre de sensaciones, deliciosamente dolorosas.

En *Los cantos de Maldoror*, Isidore Ducasse, conde de Lautréamont, reflexionó sobre los peligros que corren los lectores que bucean en sus palabras. Especialmente, aquellos prisioneros de un pasado esclavizante o los que aún carguen con las mordazas que silencian su discurso personal. Es decir, constata la existencia de lectores que balbucean cuando dejan de ser un instrumento del autor y se convierten en un interlocutor libre.

Ruego al cielo que el lector, animado y momentáneamente tan feroz como lo que lee, encuentre, sin desorientarse, su camino abrupto y salvaje, a través de las desoladas ciénagas de estas páginas sombrías y llenas de veneno, pues, a no ser que aporte a su lectura una lógica rigurosa y una tensión espiritual semejante al menos a su desconfianza, las emanaciones mortales de este libro impregnarán su alma lo mismo que hace el agua con el azúcar. No es bueno que todo el mundo lea las páginas que van a seguir; solo algunos podrán saborear este fruto amargo sin peligro.

La alegoría del libro ponzoñoso que aliena conciencias o asesina a sus lectores aparece una y otra vez en la historia de la literatura. Sin embargo, lejos de persuadirnos con las trampas ocultas entre líneas que nos conducen a la enajenación y muerte, la aventura de leer nos seduce aún más por los peligros implícitos en ella.



La imagen que vi en una soporífera visita familiar a un convento de Castilla –quizá fabulo– me enseñó que la lectura es una acción que causa placer (libertad) y dolor (sacrificio).

En un lúgubre cuarto, a la luz de una vela, un hombre lee. Cubre su cuerpo enjuto por varias capas de toscos ropajes. Un guía me susurra que aquel individuo merece todo nuestro respeto, porque aquel sujeto dominó los saberes de su época.

Aquel hombre lee tanto que, cuando retira el rostro de sus mastodónticos libros y nos mira de frente, muestra un óvalo (su cara insomne) fragmentado en dos mitades: su piel es blanca en la parte más alejada de la vela; en la otra parte, el cutis se revela oscuro, chamuscado y ajado. La proximidad de la llama hace estragos en su epidermis. Sin embargo, aunque la lectura ha demediado su fisonomía, no desfallece en su rigor lector.



Estos días, después de infructuosas búsquedas por la red (hombre / vela / rostro partido / medio quemado / peligros lectura / llama / etcétera, etcétera, etcétera), he llegado a la conclusión de que esa imagen pertenece a Alonso Fernández de Madrigal, El Tostado. No he hallado ningún cuadro que corrobore que él sea el protagonista de mis recuerdos infantiles. Sin embargo, descubrí ciertas conexiones misteriosas entre El Tostado y mi persona. Murió el 3 de septiembre de 1455, justo cuando a mí me faltaban 515 años para caer en este mundo. Tal vez, el espectro de don Alonso, indulgente con mi memoria de chorlito, aliente mi férrea disciplina lectora. Desconozco las razones de su empeño hacia mi persona, como ignoro los motivos que te llevan a ti, lector, a concluir esta página.



## EFEBOS, NÍNFULAS Y UN REGALO DE BODAS

---

**C**on el tiempo, los hábitos lectores se modifican. Emilia Ferreiro asegura en *Pasado y presente de los verbos leer y escribir*:

Los verbos leer y escribir no tienen una definición unívoca. Son verbos que remiten a construcciones sociales, a actividades socialmente definidas. La relación de los hombres y mujeres con lo escrito (*y lo leído*) no está dada de una vez por todas ni ha sido siempre igual: se fue construyendo con la historia [...] Cada época y cada circunstancia dan nuevos sentidos a estos verbos.

El autor no siempre apresa al lector ni aferra sistemáticamente su alma y voz. Este puede trastocar lo escrito según su santa voluntad y hallar placer en un acto que, en un principio, asemejaba un suplicio (ciertas lecturas obligatorias en los planes de estudio actuales resultan un vestigio de aquella relación infausta entre el texto y el receptor del mismo). Los niños y los adolescentes huyen del canon (canon = vara de medición, regla). Se duermen sobre lo sagrado como parte de un juego más. Mientras la Alicia de Lewis Carroll dormita en un prado junto a un libro abierto olvidado en la hierba, genera un mundo que no reposa en sus líneas, sino en su duermevela surrealista. Su lectura no es solo inmersiva; más bien, fecunda, rebelde y libérrima. La nínfula se transforma en el elemento activo del encuentro. A través de la lectura, desata al texto de sus ataduras, lo despoja del dominio del demiurgo. Rompe moldes.

Toda lectura verdadera es subversiva, a contrapelo, como descubrió Alicia, una lectora cuerda, en el mundo del Espejo donde los locos ponen los nombres.

La anterior cita pertenece a *En el Bosque del Espejo* de Alberto Manguel, quien además proclama para sí la misma actitud lectora que vino a defender Alicia: “No voy a permitirle a nadie el *ius primae noctis* con los libros que leo”. Adiós al inquietante derecho de pernada del autor. Al fin nace el lector activo y vigoroso capaz de estimular a quien escribe. Como definió Virginia Woolf:

36

El verdadero lector es en esencia joven. Es un hombre de enorme curiosidad, con ideas, de mente abierta y comunicativo, para quien leer guarda más relación con el ejercicio físico al aire libre, que con el estudio bajo techo.

Gustavo Aschenbach, el literato magistralmente bosquejado por Thomas Mann en *Muerte en Venecia*, no lee libros en su último viaje. Escruta rostros con una minuciosidad pasmosa –describe con náusea y detalle los afeites del viejo decrepito que navega con él y que le antecede–; y también ojea cartas y periódicos, estos últimos con una doble finalidad. Por un lado, se informa sobre esa serpenteante, brumosa y traicionera epidemia que modifica aromas y paisajes de la Ciudad de los Canales. Por otro, se parapeta en ellos para espiar a Tadzio, el sujeto de su deseo, un muchacho de catorce años, epítome de la belleza clásica, y quien lo condena a una perdición crepuscular que hace añicos su aparente templanza y mesura (“¿Quién puede comprender en qué consiste esa fusión instintiva de disciplina y desenfreno?”). El escritor se encuentra en un estado de disipación contraindicado para la lectura de literatura (esta, por sus continuas metáforas, estimula y prende cada una de las zonas de nuestro cerebro y requiere concentración y ensimismamiento). Tadzio no lee y Aschenbach frena su mundo de lector y escritor para descifrar al efebo, al numen, a su nuevo todo.

Al respecto, Humbert Humbert (¿o será Nabokov?) encuentra su presa y cree domeñarla. Lolita sí lee, pero historietas y revistas de cine que la evaden del presente y mantienen a raya al hombre cazador, sardónico, “infinitamente melancólico” y devoto al cuerpo de su nínfula (en cierto sentido, él la infravalora: Lolita *sabe latín*). Humbert

Humbert en sus primeras escaramuzas frente a Lo, su Lolita, al igual que Aschenbach, se atrinchera tras un “obeso periódico” para espiar cada uno de los felinos movimientos de la niña (doce años). Antes de poseerla, Humbert llega al punto álgido de su excitación. Él escribe y la niña se esfuerza por descifrar sus palabras, las de ese hombre que recuerda a ciertos galanes de portada de sus revistas favoritas.

Entró y después de revolotear a mi alrededor se interesó por los laberintos de pesadilla que mi pluma trazaba sobre una hoja de papel. Ah, no: no eran los resultados del inspirado descanso de un calígrafo, entre dos párrafos; eran los horrendos jeroglíficos (que ella no podía descifrar) de mi fatal deseo. Cuando inclinó sus rizos castaños sobre el escritorio ante el que estaba sentado, Humbert El Ronco la rodeó con su brazo, en una miserable imitación de fraternidad; y mientras examinaba, con cierta miopía, el papel que sostenía, mi inocente visitante fue sentándose lentamente sobre mi rodilla. Su perfil adorable, sus labios entreabiertos, su pelo suave estaban a pocos centímetros de mi colmillo descubierto, y sentía la tibieza de sus piernas a través de la rudeza de sus ropas cotidianas. De pronto, supe que podía besarla. Supe que me dejaría hacerlo, y hasta que cerraría los ojos, como enseña Hollywood.

37

Hay más episodios al inicio de la *cacería*, en los que Humbert corteja a Lolita (y Lolita al sátiro) simultaneando sus sensuales movimientos con el acto lector. Un día, la “impúdica niña” tapa con sus manos los ojos de Humbert, mientras este se esfuerza por leer. En otra ocasión, ella recorre con violencia las páginas de su revista para mostrarle una imagen obscena; también, desparrama las historietas (azules, rojas, verdes) que venera sobre su “casto lecho”. Este *patchwork* de textos sobre la cama nos recuerda a otro tálamo nupcial descrito por Heródoto. Curiosamente, el historiador griego aparece en *El paciente inglés*, novela de Michael Ondaatje y uno de los ejemplos más comunes cuando se habla de erotismo, sensualidad y lectura.

Esta es la historia de cómo me enamoré de una mujer que me leyó determinada historia de Heródoto. Oí las palabras que ella pronunciaba al otro lado del fuego y en ningún momento levanté la vista, ni siquiera cuando importunaba a su marido.

Heródoto describió las bodas de Cadmo y Harmonía. Glosó el viaje del novio a Samotracia, la bienvenida que brindó Harmonía a su futuro esposo, el carro dorado que les condujo a Palacio, y el banquete previo a los esponsales (y, por tanto, a la consumación del matrimonio). Dioses y mortales convivieron en la fiesta. Los dioses del Olimpo agasajaron a la novia con sus regalos: de la gran joya realizada por Hefesto a, de parte de Zeus, todo lo perfecto. Cadmo esperó su turno para entregar su regalo a la novia. Sobre las manos de esta depositó el contenido de un morralito de cuero. En las palmas de Harmonía cayeron piezas diminutas, frágiles “como patas de mosca”. Eran las letras, el alfabeto fenicio, veintidós letras (veinticuatro después, en el alfabeto griego) que empaparon como lluvia y ocuparon un vasto océano de posibilidades insospechadas. Cadmo, ante el enojo divino de Zeus, le regaló a Harmonía el secreto de la inmortalidad: la posibilidad de escribir, de leer, de saltar fronteras, de rebelarse ante lo finito. ¿Por qué le dio ese obsequio a su amada antes de poseerla? Vete a saber. Me perdonarán por mayúscula frivolidad, pero tal vez lo hizo para que ella escribiera con detalle todo lo gozado en su *divina* noche de bodas. Para apuntalar en el tiempo y en el espacio la consumación de su amor.

(Otra versión del mito, ciertamente más sangrienta, y recogida por Robert Graves, sugiere que Cadmo sembró sus dientes ensangrentados –las letras– en la tierra para que estas crecieran y se multiplicaran. No hay mucho margen de maniobra: elijamos la versión que elijamos, la trama exige sexo).

—De niña confundía las letras con las moscas –te cuento.

—Poca afortunada analogía –replicas sin percatarte de que una hormiga recorre tu manga derecha.

Escribo esto e imagino un caballo con las crines al viento (tu cabello acariciable). Dos centenas de libros cerrados reposan en las estanterías. En mi escritorio, un par de ellos están abiertos, esperándonos.

—¿Por qué me ha tocado en suerte un lector insidioso? –farfulto mientras borbotea el agua y abro la lata del café—. Echo cinco cucharadas. Lo necesito bien cargado para resistir tu retahíla. Sigues construyendo tu discurso, solapándolo con el mío, avanzando en tu lectura, que siento ajena a lo que he escrito.



Hay lectores que no se dejan enredar ni por los hermanos Karamazov.

—Las letras son estáticas, y las moscas revolotean a su arbitrio. De niños, torturábamos a las moscas inopor-  
tunas arrancándoles las alas y respetábamos las letras como si fueran guardianas de un territorio ignoto. Las moscas emergen a borbotones de las mierdas frescas.

—Muchos libros son una mierda y lo sabes –te digo con ganas de pelea.

Hoy, me revienta mi lector oráculo, Por fastidiar, recito unos versos de “Las moscas” de Antonio Machado:

Yo sé que os habéis posado  
sobre el juguete encantado,  
sobre el librote cerrado,  
sobre la carta de amor,

sobre los párpados yertos  
de los muertos.

—¿Ves? Moscas y letras conviven en el mismo espacio literario. No estoy sola, idiota (el idiota me lo callo, pero lo escribo y aquí está).



## JUEGOS PREVIOS: CARICIAS Y SUSURROS

---

**L**a escritura, cincelada sobre tablillas, nos remite a orígenes en relieve. Aunque la textura se desechó y la palabra escrita incur-siona en el cerebro tras una captura visual, el hecho de palpar la letra o de auscultar su latido con la yema de los dedos permanece en nosotros como un juego atávico: caricias furtivas y deseos de excitarse con el roce. Louis Braille inventó, a mediados del siglo XIX, un alfabeto para invidentes que involucraba las yemas de los dedos. Si lo hizo así fue porque era consciente de la ingente cantidad de terminaciones nerviosas que se ubican en ellas. Por centurias, la literatura erótica se ha deleitado en la descripción de caricias placenteras con dedos revoltosos sobre la geografía del amante. Y a estas alturas sobra decirlo: los lectores inquietos no menoscaban ni olvidan la sensualidad de las letras. Ray Bradbury lo sabía y en sus *Crónicas marcianas* se aproximó a esas caricias primigenias:

A la tarde, cuando el mar fósil yacía inmóvil y tibio, y las viñas se erguían tiesamente en los patios, y en el distante y recogido pueblito marciano nadie salía a la calle, se podía ver al señor K en su cuarto, mientras leía un libro de metal con jeroglíficos en relieve, sobre los que pasaba levemente la mano como quien toca el arpa. Y del libro, al contacto de los dedos, brotaba un canto, una voz antigua y suave que hablaba del tiempo en que el mar bañaba las costas con vapores rojos y los hombres lanzaban al combate nubes de insectos metálicos y arañas eléctricas.

El señor K descodifica el jeroglífico del texto gracias al tacto y no a la vista. La caricia revela el texto, su sonoridad, el eco de lo escrito. El erotismo de la caricia espabila al dormido.

Si uno escribe sin garra, sin entusiasmo, sin amor, sin divertirse, únicamente es un escritor a medias. Significa que tiene un ojo tan ocupado en el mercado comercial, o una oreja tan puesta en los círculos de vanguardia, que no está siendo uno mismo.

42

Las garras afiladas contribuyen a sublimar ese acto de cetrería que supone no solo la escritura, sino también la lectura (sobrevolamos los textos, giramos en torno a ellos, y acabamos alimentando aquellas interpretaciones que desmenuzan a nuestra presa en fragmentos digeribles). En esta misma línea de cortejo táctil descubrimos un párrafo de *La sombra del viento* de Carlos Ruiz Zafón.

Recorrí pasillos y galerías en espiral pobladas por cientos, miles de tomos que parecían saber más acerca de mí que yo de ellos. Al poco, me asaltó la idea de que tras la cubierta de cada uno de aquellos libros se abría un universo infinito por explorar y de que, más allá de aquellos muros, el mundo dejaba pasar la vida en tardes de fútbol y seriales de radio, satisfecho con ver hasta allí donde alcanza su ombligo y poco más. Quizá fue aquel pensamiento, quizá el azar o su pariente de gala, el destino, pero en aquel mismo instante supe que ya había elegido el libro que iba a adoptar. O quizá debiera decir el libro que me iba a adoptar a mí. Se asomaba tímidamente en el extremo de una estantería, encuadernado en piel de color vino y susurrando su título en letras doradas que ardían a la luz que destilaba la cúpula desde lo alto. Me acerqué hasta él y acaricié las palabras con la yema de los dedos, leyendo en silencio.

Para puristas y eruditos, penetrar un libro por la puerta de la caricia (ese dedo desnudando renglones al compás de la lectura silenciosa o murmurada) pudiera ser una maña indebida de hombres y mujeres en el umbral del analfabetismo. Como prueba gráfica de la anterior aseveración, el lienzo *Anciana leyendo*, de Rembrandt. La mujer, absorta en un libro de gran formato (¿el Antiguo Testamento?), sigue las líneas con su mano rugosa extendida, como si precisara de lazarillo para no errar en la interpretación del texto.

Las manos lectoras (cautivadoras), que usara en su día nada menos que Henri Beyle (Stendhal), no contaron con las simpatías de Émile Faguet. Faguet envió a imprenta en 1912 un opúsculo llamado *L'Art de Lire*. En el primer capítulo, "Leer lentamente", el crítico literario determina:

Nuestros padres decían "leer con los dedos". Eso quería decir hojear de tal modo que, a fin de cuentas, los dedos tenían más trabajo que los ojos. El señor Beyle (Stendhal) leía mucho con los dedos, lo que quiere decir que recorría mucho más de lo que leía, y daba siempre con el lugar esencial y curioso del libro [...] Sucede solo que ese método le quita todo el placer a la lectura y lo substituye por el de la caza. Si usted quiere ser un lector dileitante y no un cazador, su método deber ser exactamente el opuesto. De ninguna manera debe leer con los dedos, ni leer en diagonal, como se dice también de forma bastante pintoresca. Debe leer con el espíritu atento y desconfiar mucho de su primera impresión.

43

Pero no solo de dedos vive la voluptuosidad del lector. El mundo editorial lanza sus anzuelos con carnaza a las redes sociales para pescar éxitos de ventas que, en un principio, navegaban como voz. Este hecho no define *per se* la calidad de la obra ni para bien ni para mal. Aunque la tentación y el encono son grandes, no es recomendable adoptar la pose del papanatas y juzgar toda expresión literaria de *influencers* y demás jungla cibernética como olvidable o innecesaria. De esta hornada de creadores surgió el cantautor madrileño Marwan. Cosechó un gran éxito por sus videopoemas, que él mismo recita con su atractiva voz orgásmica y su nariz, protuberante y varonil, capaz de orillar a las más virtuosas hacia tórridos pensamientos. Un conglomerado editorial olfateó negocio y publicó en 2011 su libro *La triste historia de tu cuerpo sobre el mío*. Marwan incluyó en este poemario "Amor por la literatura", un texto en el que una chica coquetea con un chico en la biblioteca de él y, ante un libro de Baricco, estalla en el cuerpo de ella "un orgasmo sin metáforas" que "la recorrió desde su pecho / hasta el punto más al norte de sus piernas / al deslizar los dedos por los estantes, / y supo que era él, / que había encontrado / a su alma gemela, / seguramente al amor de su vida".

¿Y quién es él? ¿El dueño de la biblioteca o el libro? Hermosa ambigüedad (sin sarcasmo alguno).



## LA VOZ QUE PENETRA

---

**E**s de sobra conocida la cita de las *Confesiones* de San Agustín (389 d. C) en las que el de Hipona se sorprende por el modo de leer de San Ambrosio:

Cuando él leía, recorrían las páginas los ojos y el corazón profundizaba el sentido, pero la voz y la lengua descansaban. Muchas veces, estando nosotros presentes –porque a nadie se le prohibía la entrada, ni había costumbre de anunciarle al visitante–, le vimos leer así en silencio y jamás de otra manera.

Pasaron siglos hasta que el nuevo estilo silente le ganara terreno a la lectura en voz alta, pero no se extinguieron las viejas formas. De hecho, ambas modalidades conviven entre nosotros. El apocalipsis se posterga. Las revoluciones en la historia del libro no dejan tantos cadáveres a su paso como otras: los vencedores de la revolución de Gutenberg y los vencidos conciliaron su existencia, como lo hace hoy en día el libro impreso frente al electrónico; o las revistas que heroicamente (¿ingenuamente?) resisten en el mercado editorial a pesar del implacable embate propinado por los medios digitales. No obstante, la lectura silenciosa y solitaria ganó tantos adeptos que la colectiva –digamos la dramatizada, incluidos los ritos religiosos o la conferencia dictada por un desmemoriado– se nos figura si no marginal, sí anecdótica.

La literatura auditiva, sin embargo, ha recuperado parte de su reinado en la esfera de lo privado, y el susurro se convierte en un satisfactor extraordinario para lectores aquejados de acustofilia, esa parafilia que consiste en la excitación sexual a través de los sonidos y que alcanza

su cima, a finales de los sesenta del siglo pasado, con la grabación de los murmullos calenturientos de Serge Gainsbourg y Jane Birkin interpretando *Je t'aime... moi non plus*. A lo largo de la historia se han producido curiosos viajes de ida y vuelta entre lecturas en voz alta, lecturas silenciosas y ese sensual híbrido del susurro.

YouTube cuenta con varios canales de lecturas susurradas; algunas, eróticas; otras que no temen la murmuración de *Cien años de soledad* o de *Alicia en el país de las maravillas*. Las lectoras que protagonizan dichos videos alegan atractivas razones para suscribirse a sus canales: desde motivaciones afrodisíacas (“literatura erótica susurradita en tu oído”) hasta narcóticas (“lectura susurrada relajante para dormir”). Lewis Carroll, Gabriel García Márquez o Pablo Neruda, autores consentidos por estas lectoras de noche, podrían estar sufriendo retortijones en ultratumba ante la pintoresca posología de sus obras. O tal vez estén carcajeándose y con sus libidos aflorando del subsuelo gracias a estos susurraditos sensuales.

En este punto, no podemos pasar por alto otro fenómeno pujante en el mercado editorial: la industria del audiolibro, que propone una vuelta al disfrute de la sonoridad del texto, pero en soledad, lejos del ágora o de la fábrica, y sin el lector corpóreo a la vista. Según Román Gubern, en *La metamorfosis de la lectura*, los audiolibros suponen la “prolongación tecnológica de la lectura en voz alta de los conventos medievales, de los folletines decimonónicos divulgados en barrios obreros y de las populares radionovelas del siglo que los siguió”. Sin embargo, los audiolibros implican una serie de peculiaridades con respecto a la anterior literatura oral.

Muchos individuos de la tribu de Gutenberg han renunciado al libro impreso y digital y se han dejado cautivar por las voces de avezados lectores. Hemos llegado así al nacimiento de una nueva tipología de lector: aquel al que se puede silenciar, amplificar u obligar a repetir los textos hasta la saciedad y a horas intempestivas sin reclamaciones de por medio. Los artilugios sonoros y los nuevos formatos digitales se activan al capricho del consumidor. Las voces penetran en los audiolectores solo cuando estos desean ser penetrados. Esas voces matizan, entonan, aportan intenciones y guían la recreación de la obra con sus inflexiones. Esas voces se cuelan a través del pabellón auditivo en nuestro interior y habitan nuestros cuerpos. En unos años se descubrirá

si los desvaríos del adicto a esta fórmula lectora –una combinación de oralidad con soledad y aislamiento reforzado por el uso de auriculares– se distinguen mucho de los padecidos por Alonso Quijano.

Roger Chartier, uno de los más reconocidos especialistas contemporáneos en la historia del libro y de la lectura, ha estudiado la preocupación surgida en los Siglos de Oro cuando se detectó que el silencio y la soledad agudizaban procesos enajenantes en el lector. El Quijote se extravió entre tanto libro de caballería. El hidalgo descrito por Miguel de Cervantes deja de estar en la puerta del libro para perderse por el mismo. En el prólogo de su obra, el genio alcalaíno describió a su personaje lector como un hombre desocupado, carísimo, suave, ocioso y curioso. También, aunque no lo indicó explícitamente, misántropo, introspectivo, imaginativo, obsesivo y... silencioso.

47

Tan pronto como el acto de la lectura se deslindó de su carácter público, todas las fronteras se diluyeron. Los territorios del autor, del escritor e, incluso, del personaje se modificaron. Surgieron cuerpos que se tradujeron en textos, porque la línea divisoria entre el ser y la representación escrita del ser también se difuminó.

Escrito está en mi alma vuestro gesto  
y cuanto yo escribir de vos deseo;  
vos sola lo escribisteis, yo lo leo  
tan solo, que aun de vos me guardo en esto.

En el Soneto V de Garcilaso de la Vega –con la aliteración del sonido “s” sugiriéndonos un acariciador susurro, a medio camino entre la viva voz y la insonoridad– destaca la alegoría del autor como lector atento a lo que le rodea y le atraviesa. Su alma es una cuartilla en blanco y sus palabras son dictadas por la propia musa. La destinataria del poema, Isabel Freire, retoza con el autor en el cerebro de este en una interlocución plena. Juntos, dan a luz mucho más que un cuarteto. Garcilaso incorpora al texto sus reflexiones en torno al proceso creativo, pero también vuelve la vista hacia el escritor como lector de la naturaleza y de los cuerpos que le circundan.



Bendita y maldita locura, Léolo.

Con poco más de veinte años vi la demoledora película de Jean-Claude Lauzon. “Porque sueño yo no estoy loco. Porque sueño, yo no lo estoy”. No lo estoy porque escribo, sigo columpiándome en la realidad y leo sobre cuerpos trémulos.

No lo estamos, Léolo. Aún no.

Siempre hay un don Quijote (lector frenético, adorable, amigo) que se arma caballero para salvarnos de nosotros mismos. Don Quijote dejó un libro en tu casa para calzar una mesa renca. Esa fue la excusa. En *El valle de los avasallados*, de Réjean Ducharme, encontraste luz entre tanta molicie y oscuridad: “Todo me devora”.



Porque sueño, yo no estoy loca.

¿Y qué me importa a mí si te masturbabas sobre un hígado gelatinoso con obsesivo desenfreno? Estás vivo, Léolo. Escribes sobre tu amor por Bianca de Sicilia. Eres italiano y a tu madre la fecundó un tomate mancillado por un campesino onanista. Te creo.

“Lo único que le pido a un libro es que me inspire energía y valor. Que me diga que hay más vida de la que puedo abarcar. Que me recuerde la urgencia de actuar”.

¿La literatura es una cuestión de vida y muerte? Así es. Tu libro ya ha sido escrito. El domador de versos lo acomoda en las baldas abarrotadas de un sótano lleno de claroscuros. Algún día, un explorador lo descubrirá y lo hará suyo. Si hay suerte, otra Bianca, medio desnuda, abrirá tus textos y se fundirá con ellos.

Léolo, no me jodas, púber catatónico ¿por qué te  
sumergen en hielo? No, no te vayas sin responderme:  
¿para qué vivir si don Quijote renuncia a Dulcinea?



## ONANISMO LECTOR

---

**T**ras la llamada de atención de autores y teóricos sobre la *perniciosa* costumbre de leer, y de hacerlo en solitario, se censuró el uso del “léxico de la alienación”, aquel que enaltecía palabras como maravillar, encantar o embelesar, enemigas todas ellas del raciocinio y proclives a inflamar los sueños guajiros. En los siglos XVIII y XIX, se acrecentó la preocupación por las consecuencias derivadas del vicio de la lectura. Roger Chartier reflexionó al respecto:

El ejercicio solitario de la lectura conduce a un desvío de la imaginación, al rechazo de la realidad, a la preferencia otorgada de la quimera. De ahí proviene la cercanía entre el exceso de lectura y los placeres sexuales solitarios. Las dos prácticas producen los mismos síntomas: la palidez, la inquietud, la postración. El peligro es máximo cuando la lectura es lectura de una novela y el lector, una lectora retirada en la soledad. La relación con lo escrito fue así concebida a partir de sus efectos corporales. Semejante “somatización”, que indica una fuerte mutación de las representaciones de la relación con los libros, permanecerá durante el siglo XIX...

Los razonamientos teóricos para catalogar como enfermedad la lectura son de lo más peregrinos y muy similares a los esgrimidos frente al onanismo. Las teorías del médico suizo Samuel-Auguste Tissot, *L'onanisme ou Dissertation Physique sur les Maladies Produites par la Masturbation* (1760), recorrieron Europa y calaron en la opinión de galenos y pensadores, amén de en la de eclesiásticos que inflamaban sus homilías con argumentos pseudocientíficos contra tamaña aberración. Tissot recogió en su manual cuantas reticencias circula-

ban en torno a la masturbación: que si causaba problemas de visión –como la lectura–, que si pérdida del sentido de realidad –como la lectura–, que si formación de jorobas –como la lectura–, que si palidez –como la lectura–, que si pérdida de la memoria –Platón en el *Fedro* razonaba en este sentido contra la escritura y, por tanto, contra la lectura–, y otros que, de momento y que sepamos, no han sido achacados a las letras, tales como el acné, la gonorrea o la sífilis. Preocupaba más a Tissot y a sus secuaces el onanismo masculino que el femenino, porque en el segundo caso “los humores que se pierden son menos preciosos” (*sic*). Sin embargo, la volubilidad anímica de las lectoras inquietó, y mucho, a los doctores de la época: mientras devoraban novelas sus rostros evolucionaban de una palidez mortecina a un sonrojo, indicativo de cierto furor uterino; y la respiración, sosegada y tranquila en las primeras líneas, se alteraba y entrecortaba alcanzando, en ocasiones, un tono quejumbroso o de gozoso desvarío.

El pedagogo Karl G. Bauer, en 1791, señaló que el sedentarismo del lector favorecía “la somnolencia, la obstrucción, la flatulencia y la oclusión de los intestinos con consecuencias bien conocidas sobre la salud sexual de ambos sexos, muy especialmente del femenino”. Éramos pocos y parió la abuela. O, dicho de otra manera: aparecen en escena elementos escatológicos de cuestionable halo romántico.

El médico español Ángel Pulido, en *Bosquejos médico-sociales para la mujer* (1876), sacó a relucir su vena más poética-analítica para describir las alteraciones físicas observadas en aquellas lectoras, diagnosticadas de histéricas o más contundentemente de ninfómanas, que descubrían en las páginas de un libro un mundo de posibilidades eróticas, alejadas de las ideales para mujeres “de bien”:

Pero fijémonos bien en ella, porque lejos de presentar el semblante pálido y triste que de ordinario la caracteriza, tiñe ahora sus mejillas un hermoso color rosa, su mirada chispea con el fuego de vivo enardecimiento cerebral, sus labios entreabiertos y halituosos exhalan de vez en cuando blandos suspiros, su tierno seno se dilata agitado por tumultuosas palpitaciones, que se dejan escuchar como lejano martilleo de misteriosos cíclopes [...] todo, en fin, revelando una sobreexcitación intelectual marcadísima.

El susodicho doctor Pulido se dio también a la tarea de enumerar las frustraciones de esa criatura lectora, una vez finalizada la obra que acariciaba entre sus dedos trémulos (que arroje la primera piedra quien no suspire ante la primorosa prosa del galeno). La lectora, sin el subterfugio de la lectura, se despedía de sus deseos y regresaba, como oveja al redil, a su monótona vida conyugal o a su castrante existencia de soltera o viuda.

Cuando los hábitos son malos, las tendencias lúbricas, y la lectura lanza en el delirio de los placeres avivando el fermento de los deseos, esta infeliz solitaria, tras una larga lucha, y hasta sin ella, concluye por dejar el libro, cerciorarse de su soledad, y... poco después la materia, aniquilada por el excesivo gasto de su inervación, en vano espera de un sueño turbado por amargas pesadillas la reparación completa de sus fuerzas.

53

Como chascarrillo, y ahondando en el asunto, Amancio Peratoner en *Higiene y fisiología del amor en los sexos* (1880), abogó por la lectura ficcional como fármaco eficaz contra la frigidez. Qué delirante escena la de un doctor recetando libros y ajustando dosis para despertar el erotismo dormido, controlar la libido desbocada o frenar dolencias que alteraban la plácida o ardorosa vida de los maridos. Según cuentan, Denis Diderot, un pionero en muchos aspectos, reveló que él usaba un libro, *Gil Blas de Santillana*, como remedio terapéutico para atajar las malas pulgas de su esposa: “Con tres tomas al día, se pone de buen humor”.

Marcel Proust rompe una lanza a favor de la lectura y dinamita los argumentos de los recalcitrantes bibliófobos.

Mientras la lectura sea para nosotros la iniciadora cuyas llaves mágicas abren en nuestro interior la puerta de estancias a las que no hubiéramos sabido llegar solos, su papel en nuestra vida es saludable.

Desafortunadamente, los dictadorzuelos de uno u otro signo nunca han suscrito la teoría de la lectura como medicina del cuerpo y del espíritu. Exaltados, vocingleros, exhortan a la ciudadanía a la quema de los libros (un peligro, el Mal) y a la persecución de los lectores por criminales y subversivos. Finalmente, uno se da cuenta de que solo los optimistas leen *Fahrenheit 451* como una distopía.

(Aprovechamos este momento para introducir tres curiosidades sobre Bradbury y su obra.

La primera: consiguió publicar su novela más famosa gracias al espaldarazo de uno de los gurús de la industria pornográfica, Hugh Hefner.

Un joven editor de Chicago, escaso de dinero pero visionario, vio mi manuscrito y lo compró por cuatrocientos cincuenta dólares, que era todo lo que tenía. Lo publicaría en los números dos, tres y cuatro de la revista que estaba a punto de lanzar. El joven era Hugh Hefner. La revista era *Playboy*, que llegó durante el invierno de 1953 a 1954 para escandalizar y mejorar el mundo.

54 La segunda: conoció a su esposa, con la que estuvo casado cincuenta y seis años, en una librería.

La tercera: le gustaba escribir ligero de ropa).

# LIBROS PARA LEER CON UNA SOLA MANO

---

**F**ernando Pessoa, bajo uno de sus heterónimos, Ricardo Reis, escribió un esbozo de ensayo llamado *La literatura moderna es una literatura de masturbadores*.

La literatura moderna es una literatura de masturbadores. La del renacimiento era de enamorados decadentes. Desde el romanticismo para acá es de masturbadores.

Para justificar esta cualidad masturbatoria de la literatura, el señor Reis señaló al desdoblamiento del “Yo, porque el individuo figurará como dos en uno mismo”. Lector y autor permanecen amarrados (amar a dos). ¿Cómo no recordar en este punto a San Agustín y su “yo soy dos y estoy en cada uno de los dos por completo”? ¿La lectura será eso?

La beata de *La Regenta*, paradigma de lectora proclive al desvarío, leía “con el alma agarrada a las letras”, aunque las manos deban malabarear para cumplir con la llamada de dos vicios simultáneos: el de la lectura (según lo calificó, en 1903, Edith Wharton) y el onanista.

Durante el Siglo de las Luces proliferaron los libros para leer con una sola mano, conocidos así por un revelador párrafo de las *Confesiones* de Jean-Jacques Rousseau.

A fuerza de altercados y de golpes, de lecturas a hurtadillas y mal escogidas, mi carácter se volvió taciturno y salvaje; empezaba a trastornarse mi cabeza, y vivía como un hurón. Con todo, si bien es verdad que mi gusto no me

preservó de las lecturas insubstanciales y desabridas, tuve la fortuna de no entregarme a la de libros obscenos y licenciosos; no porque Tribu, mujer en extremo tolerante bajo todos conceptos, tuviese escrúpulo en prestármelos, sino porque, a fin de darles importancia, me los nombraba con un aire de misterio que cabalmente me obligaba a rehusarlos, así por repulsión como por vergüenza; y la suerte fue tan favorable a mis púdicos instintos, que a los treinta años aún no había pasado los ojos por ninguno de esos peligrosos libros que una elegante mujer de mundo encuentra incómodos porque solo pueden leerse con una mano.

56

No nos meteremos en estas líneas en honduras sobre si dichos libros eran licenciosos, obscenos, eróticos o pornográficos (por cierto, estos últimos son, etimológicamente hablando, tratados acerca de la prostitución). Su lectura causaba, especialmente en las damas, unos efectos indeseados (al menos, para muchos maridos y, en apariencia, para un ejército de confesores). Los golpes de calor, el paroxismo, y el gesto perdido no pasaron desapercibidos por los artistas plásticos ávidos de escenas cotidianas perturbadoramente humanas.

Como adelantamos antes, Edith Wharton cuestionó los atributos morales (de virtud o de vicio) que se concedían al acto de leer en su lúcido opúsculo *El vicio de la lectura*:

Ningún vicio es más difícil de erradicar que aquellos que popularmente se consideran virtudes. Entre estas virtudes la más notable es el vicio de la lectura. Se suele admitir que la lectura de basura es un vicio y sin embargo la lectura “per se” –el hábito de leer– pese a ser nuevo figura ya entre virtudes tan bien reputadas como la sobriedad, el ahorro, madrugar y practicar regularmente ejercicio.

A pesar de las palabras de Edith Wharton (“podría decirse que la lectura tiene tanto de virtuoso como respirar”), el acto lector siguió siendo considerado por sus detractores un vicio, y por sus seguidores una virtud. ¿Qué acontece cuando dos vicios solitarios, el onanismo y la lectura, se practican de manera simultánea? Un grabado de 1765 lo ilustró para las generaciones venideras. A la par que Rousseau redactaba sus *Confesiones* –terminó en 1766 los libros Primero y Segundo– y describía en una frase (a buen entendedor, pocas palabras) esa lectura

ginecológicamente inmersiva practicada por algunas damas, Emmanuel de Ghendt realizó un grabado que representaba una escena de furor lector. Del citado grabado, *Le Midi*, nos quedamos con algunos elementos, enumerados por Jean-Marie Goulemot en *Ces livres qu'on ne lit que d'une main*. Desmenucemos la escena a nuestra manera:

Hora de la siesta en un patio frondoso. La vegetación apenas es contenida en sus maceteros rococós. La escena contiene elementos clásicos como el busto de un efebo milimétricamente peinado o la fuente con tres querubines esculpidos –dos de ellos parecen espantados con la escena y uno, juzga con el gesto inmisericorde la perdición de la fémina–. La sombrilla abierta en el piso del jardín interior sugiere que alguien ha perdido las formas. Percibimos la abrumadora soledad de una dama descangallada, de cuyas manos hablaremos más adelante. Un libro en forma de tejado permanece en el suelo al lado derecho de la mujer (aún podría localizarse la página que causó el derrumbe moral de la lectora); el corsé cubre su pecho, aunque la escena sugiere una palpitación desbocada: el escarpín se mantiene a duras penas en la punta del pie izquierdo de la dama (una convulsión más y caerá, no hay duda); las faldas, alzadas unos centímetros, permiten recrear la vista en sendos tobillos inexplorados, que se presumen muy blancos y vírgenes. ¿Dónde están las manos de la lectora desma-dejada? La derecha, extendida más allá de los brazos del sillón, señala (¿acusa?) con el índice el tomo que reposa a la sombra del miriñaque. La izquierda trajina bajo varias capas de vaporosas telas. La mujer tiene los ojos abiertos, aunque no ve en realidad nada de lo que la rodea. Probablemente, esté siendo atravesada por la virilidad del protagonista de esa novela de la cual se ha distanciado (físicamente) para vivir ciertas experiencias en carne propia, siquiera sea con autoestimulación y entre sofocos.



Una amiga me contó que un amigo le contó que una amiga le contó que un amigo le contó... que un conocido antes de leer siempre se masturbaba. No aclaró la razón que le llevaba a dicha práctica. Quizá lo hacía para evitar tentaciones posteriores.





## AFRODISÍACOS, ANSIOLÍTICOS, ESCAPE

---

**E**l fenómeno no se constriñe a una época determinada, pero durante el siglo XVIII aparecieron libros como afrodisíacos en espacios habitados por libidos candentes o por crápulas vigorosos. Al respecto, Rétif de la Bretonne, en sus memorias, *El señor Nicolás o el corazón humano al descubierto*, recordaba sus visitas al burdel La Massé, donde la *madame*, con el fin de hacer llevadera la espera, ofrecía a los clientes libros con “ilustraciones para divertirse”. “Esa noche hacía un poco de frío. Me senté cerca de un gran fuego, en una especie de sofá y tomé el libro entre mis manos...”. Según nos revela el singular escritor, “después de veinte páginas, ya estaba en llamas”. Las lecturas eróticas incendian al cliente hasta llevarle al orgasmo. En el prostíbulo citado por De la Bretonne prestaban ejemplares de las *peligrosas* novelas *Historie de Dom Bougre*, *Portier des Chartreux*, escrita por Jean Charles Gervaise de Latouche, *Thérèse philosophe*, de autoría dudosa, y *La Religieuse en chemise*, atribuida a Jean Barrin. Sin embargo, y a pesar de que estas lecturas conducen al protagonista a una agitación altamente satisfactoria, Rétif de la Bretonne alerta sobre el poderío de un libro que excede, con su poder afrodisíaco, a todo el resto: “Mas conozco un libro aún más peligroso que estos que he nombrado: se trata de *Justine*; conduce a la crueldad: Danton lo leyó para excitarse”.

Como bien explica Goulemot en el ensayo antes citado:

El libro erótico, como instigador, forma parte del ritual de los prostíbulos, y constituye una etapa necesaria en la iniciación del amor. A través de él, los principiantes aprenden el abc del asunto, los clientes se preparan “para el

disfrute”, y los jóvenes, aún inocentes, descubren los vestigios de sus primeros ardores.

Si hay un relato hermoso que describe, con lujo de detalles, la vida cotidiana en una casa de citas, ese es *La Casa Tellier* (1881) de Guy de Maupassant. Desafortunadamente para nuestra tesis, en él no aparece ningún libro, aunque nuestra imaginación nos lleve a recrear una pequeña biblioteca para los clientes habituales del Salón Júpiter, en el primer piso, donde trabajan sin queja Fernanda, Rafaela y Rosa La Jaca: “La Casa Tellier era una costumbre, y raramente alguno se perdía la cita cotidiana”.

62 Unos años antes, en Estados Unidos, Francis Bret Harte escribió el extraordinario cuento *Los desterrados de Poker-Flat*. En un momento dado del relato, un ejemplar desgajado de *La Iliada* no funge como afrodisíaco para los desterrados (entre quienes se encuentran la Duquesa y la madre Shipton, mujeres de la vida alegre de Poker-Flat), sino de ansiolítico y escape para enfrentar con dignidad el funesto destino que les aguarda:

Aquella noche los semidioses de Homero volvieron a pisar la tierra. El pendenciero troyano y el astuto griego lucharon entre el viento, y los inmensos pinos del cañón parecían inclinarse ante la cólera del hijo de Peleo. Mr. Oakhurst escuchaba con apacible fruición; pero se interesó especialmente por la suerte de Asquiles, como el inocente persistía en denominar a Aquiles, el de los pies rápidos. Así con poca comida, mucho Homero y el acordeón, transcurrió una semana sobre las cabezas de los desterrados.

Hay otros casos en los que los libros no se alivianan al calor de una hoguera, sino que quedan ocultos al calor de un burdel. Juan Bonilla en *La novela del buscador de libros* (2018) narra una anécdota que no es verdadera, pero sí jocosa y amargamente verosímil (en dosis similares). Expongamos la historia a grandes trazos:

Mario Andrés Trujillo, un poeta inexistente –por mucho que Juan Bonilla presente pruebas espurias de su vida y obra–, ha sido olvidado por los jóvenes poetas, los críticos del inframundo y los escritores en boga. Pasea su viudez por el barrio de Santa Fé, en Bogotá. En estos paseos conoce a Marisa, *una marica* de la que se enamora, según la

versión de ella, y a quien invita a vivir en su casa, una fastuosa residencia de “dos pisos, gran salón, siete habitaciones, tres cuartos de baño”, aunque el gran orgullo del poeta es su biblioteca de diez mil volúmenes. Estos son testigos mudos del declive y muerte de Trujillo. Marisa, la heredera, acoge a sus amigas en la residencia y, como una cosa lleva a la otra, termina inaugurando en ella un burdel-librería, “un lugar excepcional”.

[Ciertos lectores] al ver la biblioteca en el salón, y después de calmarse las ansias, decidían quedarse a mirar los libros un rato, encontraban alguno que les interesaba el precio, y Marisa daba un precio [...] Hubo una época en la que venía mucho estudiante, me dice Marisa, fue una buena época para todos, tanta juventud interesada en los libros y en los cuartos de arriba.

63

Lo irónico y triste para el poeta Trujillo es que una vez que su biblioteca ha sido desplumada, solo unos pocos volúmenes permanecen sin postor en las estanterías: los suyos.



## BREVÍSIMA APROXIMACIÓN A LA PROSTITUCIÓN LITERARIA

---

**D**enis Diderot incluyó en su *Enciclopedia* dos definiciones de prostituta. La primera se refiere a “aquella que se abandona a la lubricidad del hombre por cualquier motivo vil y mercenario”. La segunda, a “aquellos escritores que prostituyen su pluma por dinero”. El que esté libre de pecado que tire la primera piedra.

En 1940, Anais Nin comenzó a escribir relatos eróticos (a dólar la página) para un coleccionista excéntrico y con un gusto inamovible: “Déjese de poesía y de descripciones no relacionadas con el sexo. Concéntrese en el sexo”. Aunque la escritora bufaba ante la desalmada instrucción (“¿Acaso no sabía el anciano hasta qué punto las palabras aportan colores y sonidos a la carne?”), acató órdenes, urgida de dinero, y redactó una serie de *afrodisíacos literarios* para aquel hombre (lector inmersivo, al fin y al cabo) y sus secuaces. Cada relato nace de la eclosión de ocurrencias volátiles, obscenas y juguetonas. Cotizados según el número de cuartillas, las digresiones disparatadas y las subtramas que crecen hasta devorar la principal, avanzan hacia abruptos cierres, fijados más por la fecha de entrega al sátiro pagador que por el libre flujo de la historia. Frente a su encomienda, los cuentos de *Delta de Venus* nos transportan involuntariamente a un estado de hilaridad, como nos sucede con el jocoso esperpento pornográfico de *Las once mil vergas*. Sin embargo, ante una u otra obra el lector responde con distintos tipos de risa: con Apollinaire brota una alterada y espídica; con Anais Nin, más propia de una comedora de opio, lubricada y algo tierna.

En “Marianne”, uno de los cuentos eróticos de la colección que nos ocupa, la autora-narradora revela en el párrafo de inicio su doble vida:

Yo era la *madame* de una casa de prostitución literaria; la *madame* de un grupo de escritores hambrientos que producían relatos eróticos para venderse los a un “coleccionista”. Yo fui la primera en escribir, y todos los días entregaba mi trabajo a una joven que mecanografiaba a limpio.

66 Marianne se llamaba esa joven de “senos abundantes y maduros” que “tecleaba febriles palabras acerca de violentos encuentros físicos. Unos hechos le afectaban más que otros”. Copista y primera lectora, Marianne se obsesiona con los relatos que lee en modo identificativo y reproduce, hasta quedar exhausta, las acrobáticas aventuras eróticas ajenas. Despierta así su libido dormida. En *El último lector*, Ricardo Piglia vindica la figura de las lectoras-copistas, personaje fundamental en la vida (sexual también) de grandes escritores. Entre ellas, Felice Bauer (“la pequeña mecanógrafa” de Franz Kafka); Sofía Tólstoi, quien copió siete veces *Guerra y paz*; la taquígrafa Ana Grigórievna Dostoyévskaia (Dostoievski le dictó *El jugador* y la sedujo en el lecho de sus palabras) o Véra, la esposa-secretaria, al servicio del genio de Vladimir Nabokov.

En el burdel literario, capitaneado por Anais Nin, Marianne no se conforma con copiar palabra a palabra a los polígrafos que le entregan sus textos con precio. Marianne enarbola la pluma y escribe. La lectora experimenta la necesidad de ser una más frente a la cuartilla. Se prostituye por el dólar, se deleita con sus tramas y florece eróticamente con historias que le redituán.

En otra trinchera muy distinta, William Faulkner. Destinado a la alta literatura –aunque tuvo sus coqueteos, mal pagados, con Hollywood–, el autor de *El ruido y la furia* declaró sin ambages:

El arte tampoco tiene nada que ver con el ambiente; no le importa dónde está. Si usted se refiere a mí, el mejor empleo que jamás me ofrecieron fue el de administrador de un burdel. En mi opinión, ese es el mejor ambiente en el que un artista puede trabajar. Goza de una perfecta libertad económica, está libre del temor y del hambre, dispone de un techo sobre su cabeza y no tiene nada que hacer excepto llevar unas pocas cuentas sencillas e ir a pagarle una vez al mes a la policía local.

Cuando no contaba con la tranquilidad económica que le aportó el burdel, Faulkner se prostituyó (según la segunda acepción de la *Enciclopedia*) y escribió *Santuario*, una novela que él juzgó “barata” y que escribió para epatar al lector con “la más horrible historia que pude imaginar”. La brutalidad de Popeye, la piel inmaculada de Temple Blake y una mazorca de maíz que penetra el cuerpo de la nínfula han perturbado, desde 1931, a un respetable número de lectores. Por cierto, William Faulkner (y no es el único) temía a una lectora sobre otras: a su madre. Cuentan que este fue el único de sus libros que jamás le regaló a su progenitora; y se dice también que su madre se las ingenió para leerlo, pero no pronunció ni una sola palabra frente a su hijo acerca del mismo. Tampoco sabemos si le llevaba el almuerzo al prostíbulo. Hay terrenos y textos en los que las madres no se inmiscuyen y, si lo hacen, el autocensor de la mayoría se activa.

67

En ocasiones, los escritores acuden al lupanar para leer (¿descifrar?) la anatomía de las mujeres. W. G. Sebald relató el paso de Franz Kafka y Max Brod por un burdel parisino.

Los amigos, con talante más bien abatido, pasan los días de París dedicándose a diversas visitas y buscando los placeres del amor en un burdel “organizado racionalmente” y con “timbre eléctrico”, en el que todo se desarrolló tan rápidamente que Kafka apenas puede imaginarse cómo ha ido a parar a la calle tan deprisa. “Resulta difícil”, escribe, “contemplar a las chicas con detenimiento [...]. En realidad solo recuerdo a la que estaba justo delante de mí. Le faltaban dientes, se mantenía muy derecha, se sostenía el vestido con el puño cerrado sobre las partes pudendas y abría y cerraba al mismo tiempo, rápidamente, sus grandes ojos y su gran boca. Su cabello rubio parecía desgredado. Era delgada. Miedo a olvidarme de no quitarme el sombrero. Hay que apartar realmente la mano del ala”. También el burdel tiene su *comme il faut*. “Solitario, largo y absurdo regreso a casa”, dice finalmente la nota.

La escena: la neblina sobre el Sena y el paseo citadino; Kafka camina con los brazos cruzados en la espalda. Al volver a su habitación, además de escribir, ¿lee entre penumbras las simas de su desgana? Ciertos libros nos abocan a la *saudade*, como hay relaciones sexuales que nos sumergen en una atávica angustia al constatar la desconexión emo-

cional sobre la que se establecen. Hay cuerpos que emplean alfabetos desconocidos para no decirnos nada y ocultarnos la esencia. Hay narcóticos que retiran de circulación a los más jóvenes, como narró Kawabata en *La casa de las bellas durmientes*, mientras los ancianos paladean y descifran sus cuerpos inconscientes:

¿Acaso la nostalgia de los tristes ancianos por el sueño inacabado, su pesar por los días perdidos sin haberlos tenido jamás, no estarían ocultos en el secreto de esta casa? Eguchi pensaba antes que las muchachas que no se despertaban eran una perpetua libertad para los ancianos. Dormidas y mudas, decían lo que los ancianos deseaban.

Érase una vez un adulto que no había logrado digerir un libro. Solitario y herido, el hombre buscaba con quién compartir esa zozobra. Finalmente, se aferró a la mano de una niña, de apenas seis años, y se la llevó de paseo por un camino soleado de Castilla. En voz alta, aquel señor, con un cigarro siempre prendido entre los dedos, desmenuzó la trama de ese texto que había sacudido su entendimiento de la naturaleza humana. Supuso que la niña, demasiado pequeña, olvidaría sus palabras tan pronto como se entretuviera con un par de golosinas. Si el hombre verbalizó sus terrores, lo hizo por ingenuidad: pensó que al enumerarlos, estos desaparecerían.



El lector era mi padre. La niña, yo o lo que queda de ella en mí. El libro, *Los 120 días de Sodoma*. Caminábamos por la senda que une Villalbilla a Anchuelo. Un sol de justicia caía sobre nosotros. La brisa abrasadora del atardecer nos envolvió durante todo el camino de regreso. Los girasoles nos ofrecían las pipas que fuimos arrancando de las flores, mientras la voz susurrante de mi padre me describía ciertas aberraciones que cuatro degenerados cometían sobre sus prisioneros. No me refirió ni una sola escena sexual, pero sí alguna que otra escatológica y de flagelación.

Mi padre recelaba del uso abyecto del poder y se sabía del bando de las víctimas. Su verdadero terror consistía en verse obligado a formar parte del ejército de los jodedores, aquellos que, para regocijo del poder, hostigan a otros parias a cambio de la vida de los suyos. Mi padre siempre fue un hombre honesto y yo, una niña que, por aquel entonces, absorbía como esponja cada una de sus palabras.

Cuando me despeinaba con sus manos de gigante, me llamaba defensora de pleitos pobres. Lo decía con preocupación y orgullo.



## DONJUANES Y OBSESOS

---

**J**ulio Ramón Ribeyro escribió en 1957 “El amor a los libros”, un interesante artículo, para el diario *El Comercio*, que sigue la tradición de Edith Wharton, Marcel Proust y Virginia Woolf en torno a los tipos de lector. En él, Ribeyro distingue entre los amantes de los libros y los grandes lectores –lectores ilustrados, según la terminología proustiana–, aquellos que sienten un amor intelectual por la lectura.

En general, el gran lector no ama los libros, así como don Juan no ama a las mujeres. El gran lector coge los libros conforme caen en sus manos, los usa y los olvida. El amante de los libros, en cambio, los ama en sí mismos como cuerpos independientes y vivos...

Dentro de los grandes lectores, nos detendremos en una subespecie: la de ciertos donjuanes de academia que cumplen escrupulosamente con la obligación de publicar un número determinado de artículos en revistas indexadas, con fecha de entrega y estrictas normas en cuanto al número de caracteres o las citas requeridas. Para estos investigadores de oficio su objeto de deseo no es tanto el libro (o, más ampliamente, el texto), como el jugo que de ellos se extrae. Tras el riguroso cumplimiento del deber, los Narcisos de academia no tiemblan ante el expurgo de las criaturas que alimentaron su opúsculo. Sin embargo, no todo donjuán permanece inmune al encanto de esos objetos llamados libros y muchos, quizá la mayoría, acaban cediendo a la adoración.

El amor a los libros se patentiza en el momento mismo de su adquisición. El verdadero amante de los libros no tolera que el expendedor se los envuelva.

Necesita llevarlos desnudos en sus manos, irlos hojeando por el camino; meter los pies en un charco de agua, sufrir todos los trastornos de un primer encantamiento...

El objeto libro se transforma con el roce en ese sujeto apetecible con el que uno desea pasar la noche.

(El lector) irá leyendo progresivamente con vehemencia, con sobresalto; como se ama a una novia conforme se la va descubriendo. Y durante el proceso de la lectura no resistirá ninguna tentación. Lo cubrirá de caricias y rasguños. Las páginas se irán cubriendo de "ojos" admirados, de objeciones marginales a sus ideas atrevidas, de interrogaciones a sus párrafos oscuros. Y solamente así –después de haberlo hecho viajar en tranvía, después de haberse introducido con él a la cama– podrá decir que ha leído ese libro, que lo ha poseído, que lo ha amado.

72

Ribeyro concluye su texto despabilando a los soñadores: no todas las relaciones surgidas entre el mensaje lanzado por un emisor y el destinatario acaban en final feliz, un nuevo paralelismo con las historias de desamor protagonizadas por criaturas de carne y hueso.

Hay libros que terminan su vida solitarios, que jamás encuentran un lector.  
Hay lectores que jamás encuentran su libro.

Un libro solitario con las guardas impolutas recuerda poderosamente a una cama de hotel de sábanas recién planchadas. No solo por la seducción formal de los rectángulos que, en uno y otro caso, coquetean con la proporción áurea, sino por la ausencia de huellas de exploradores insumisos hurgando por su interior. Esos terrenos (esos textos, ese lecho albergador de posibles cópulas) permanecen gélidamente vírgenes. El libro nunca abierto y la cama embozada representan la inversión de lo fantasmagórico: anclados en la forma, el espíritu de las letras que contiene, y el alma de los cuerpos enlazados que pudieron haberse enardecido en ella, se diluyen y abandonan a su suerte estos dos rectángulos enmudecidos.

## MÉNAGE À TROIS

---

A veces, lector y texto son dos de los tres vértices de un triángulo amoroso. Puede haber un tercero insidioso que interrumpa la lectura. Kafka, según nos cuenta Ricardo Piglia en el citado *El último lector*, envió a Felice Bauer *En la noche profunda*, un poema chino del siglo XVIII de Yan Tsentsai:

En la noche fría, absorto en la lectura  
de mi libro, olvidé la hora de acostarme.  
Los perfumes de mi colcha bordada en oro  
se han disipado y el fuego se ha apagado.  
Mi bella amiga, que hasta entonces a duras penas  
había dominado su ira, me arrebató la lámpara  
y me pregunta: ¿sabes la hora que es?

Kafka vive en su gruta, inmerso en sus lecturas y en sus escritos. Teme a aquella que venga a interrumpir su particular *coitus* con los textos propios o ajenos. Rehúye a quienes se sientan con la autoridad de apagar la luz de su lámpara. Ya sabemos que Kafka se aferró a la literatura con la misma fiereza con que se muerden los cuerpos amados. La mujer furibunda del poema exige una elección: o la lectura o ella.

Alberto Manguel en sus “Apuntes hacia la definición de un lector ideal” (*Lectura sobre lecturas*) desmitifica esta elección. Se refiere al Canto V del *Infierno* dantesco, donde Paolo y Francesca se besan mientras leen la descripción de un beso entre Lancelot y Ginebra.

Escribió Dante:

Al leer que la risa deseada  
besada fue por el fogoso amante,  
este, de quien jamás seré apartada,  
la boca me besó todo anhelante.  
Geleoto fue el libro y quien lo hiciera:  
no leímos ya más desde ese instante.

Manguel reflexiona al respecto:

Paolo y Francesca no eran lectores ideales puesto que le confiesan a Dante que después de su primer beso no volvieron a leer. Los lectores ideales se hubieran besado y hubieran seguido leyendo. Un amor no excluye al otro.

74

En ciertos casos excitantes, un amor reemplaza al otro, como se narra en *El libro*, novela de Juan García Ponce. Esta obra trasciende el manido argumento de alumna seduce a maestro maduro y más que dispuesto a perderse con ella en el interior de su coche o bajo las sábanas de un camastro adolescente. Detona ese arrebató sexual un relato de Robert Musil, *La realización del amor*, el verdadero protagonista de esta *nouvelle*. El maestro, ante la mirada verde de Marcela, su alumna, expone:

Lo que le obsesiona, como a su protagonista, es lo otro, lo que está más allá. Por eso podemos desgajar la anécdota sin tocar la historia propiamente dicha. Su sentido está en otro lado. Ese lado es el que tenemos que aprender a buscar, arriesgando nuestra inocencia de lectores, la virginidad.

Cuando el libro físico cambia de manos (Eduardo se lo presta a Marcela), un hueco en la biblioteca del maestro simboliza el vacío ante ese cuerpo joven que comenzó a escabullirse tan pronto como inició su íntima interpretación del texto.

Luego, se quedó un largo momento mirando el libro, sin levantar los ojos hacia Eduardo, como si quisiera hacerlo a un lado y perderse en las páginas distintas y sin embargo siempre vivas de ese libro.

En un esfuerzo final por romper el embrujo de la lectura, el profesor espeta:

—Eso es literatura —dijo con un principio de sonrisa—; pero...

—... pero la literatura es verdad —dijo ella rápidamente, sobre las palabras de él, sin dejarlo terminar.

Sin embargo, ninguno de los dos llegó a reírse.

Si la pasión por el cuerpo próximo se apaga, nace una camaradería menos lúbrica en la que lector, libro y *voyeur* conviven en un mismo espacio sin ahogos. Carmen Martín Gaité reflexionó sobre estos triángulos otoñales y placenteros:

Leer, ver a alguien leer, metalectura, *mise en abyme*, y levantar la cabeza, son los elementos esenciales de un pequeño paraíso. Me fascina sesgadamente, y casi diría que como mirando un abismo, la paz que puede llegarse a gozar entre cuatro paredes, oyendo música al anochecer, mientras otra persona lee y de vez en cuando levanta la cabeza para hacer comentarios amistosos.

75

Virginia Woolf, la diosa, llevó esta pasión hasta el mismo cielo gracias a su recopilación de textos, *El lector común*. Termina el volumen con “Cómo debe leerse un libro”, y como colofón al mismo nos regala una cita (la última y nos vamos) que sacraliza jocosamente el acto de leer, sin quitarle, por ello, su componente placentero. Virginia Woolf, que está en los cielos, santifica su nombre con su fino humor y su flema inglesa.

El vicio de leer, la evasión, los tríos, y demás prácticas textuales que hemos ido descubriendo en estas páginas, lejos de condenarnos dejan al mismo San Pedro descuadrado a las puertas del paraíso:

Aun así, ¿quién lee para conseguir un fin, por más deseable que sea? ¿No hay algunas actividades que practicamos porque son buenas en sí mismas, y algunos placeres que son inapelables? ¿Y no se encuentra este entre ellos? Algunas veces he soñado, al menos, que cuando llegue el día del Juicio Final y los grandes conquistadores y juristas y hombres de Estado vayan a recibir su recompensa —sus coronas, sus laureles, sus nombres esculpidos indeleblemente en mármol imperecedero—, el Todopoderoso se dirigirá a Pedro y le dirá, no sin cierta envidia cuando nos vea llegar con nuestros libros bajo el brazo: “Mira, estos no necesitan recompensa. No tenemos nada que darles aquí. Han amado la lectura”.



Ayer, de pura soledad, me llevé un taxista a casa. Era demasiado viejo para seguir siendo melancólico. Y solo le apenaba que las mujeres no fueran tan cariñosas con los chóferes como lo son con los libros. Y no lo consolé porque él tampoco me consoló.

(Lo anterior lo leí en alguna parte. Solo he cambiado ciertas palabras; entonces ¿me pertenece? ¿Lo digiero o lo plagio? Escritora devorando a sus padres. Quiero las orejas de Kafka para escuchar la vida de las ciénagas. Quiero la mente de Arthur Schnitzler para huir de las tinieblas).

A la hora de la despedida, el taxista pareció decirme: “Yo apenas pude gustarte, ya lo sé; mi camiseta no fue de tu agrado y muchas otras cosas tampoco, pero yo no puedo tenerlas mejores, y tú estás acostumbrada a otra cosa. Tú no me escribirás, ya lo sé”. El taxista leyó todo esto en mi mirada con tal nitidez que, por contradecirle, me sentí impulsada a acostarme de nuevo con él.





## (IN)VESTIDOS PARA LEER

---

**M**aquiavelo nos enseñó (como haría un amante perspicaz hasta en la cópula más festiva) que un lector ideal se acicala en consonancia al respeto que le merece su compañero de aventuras. El 10 de diciembre de 1513, en una conocida carta dirigida a Francisco Vettori (“magnífico embajador florentino ante el Sumo Pontífice y benefactor suyo”), Il Machia reveló algunas de sus prácticas lectoras. Primero, las destinadas a aquellos textos a quienes se acercaba como si fueran concubinas locuaces y amables que aligeraban el paso de sus días:

Abandonado el bosque, me voy a una fuente, y de ahí a un terreno donde tengo tendidas mis redes para pájaros. Llevo un libro conmigo, Dante o Petrarca o alguno de esos poetas menores, como Tibulo, Ovidio y otros: leo sus pasiones amorosas y sus amores, me acuerdo de los míos, y me deleito un buen rato en esos pensamientos.

Párrafos después, se refirió a las prácticas que destinaba a los verdaderos dueños de su corazón lector. Para ellos, se vestía regia y cardenaliciamente y, junto a ellos, hallaba bálsamo y refugio.

Cuando llega la noche, regreso a casa y entro en mi escritorio, y en el umbral me quito la ropa cotidiana, llena de fango y de mugre, me visto paños reales y curiales, y apropiadamente revestido entro en las antiguas cortes de los antiguos hombres donde, recibido por ellos amorosamente, me nutro de ese alimento que solo es mío, y que yo nací para él: donde no me avergüenzo de hablar con ellos y preguntarles por la razón de sus acciones, y ellos por su

humanidad me responden; y no siento por cuatro horas de tiempo molestia alguna, olvido todo afán, no temo a la pobreza, no me asusta la muerte: todo me transfiero a ellos.

Maquiavelo se convertía (literalmente) en lo que leía. Jorge Luis Borges sabía que somos lo que leemos o, según la cita falsamente atribuida a Santa Teresa de Ávila, somos quienes somos –activos, con iniciativa, con fe en la palabra escrita– porque controlamos las bridas del asunto: “Lee y conducirás. No leas y serás conducido”. El libro (el artefacto) se asemeja a la *madame* que protege a sus pupilas de miradas inquisitoriales. También, a un espejo que flota en el fondo de un pozo, extrañamente iluminado. Cuando te reflejas, ya no eres solo tú, sino tú y ese texto abrazador que se multiplica y cautiva.

80

George Steiner escribió “El lector infrecuente”, un ensayo breve de 1978 incluido en su *Pasión intacta*. En él, hace un análisis exhaustivo y sagaz del cuadro *Le Philosophe Lisant* (Jean Siméon Chardin, 1734).

Para el crítico, este cuadro simboliza una manera de leer pasada de moda:

... está vestido para la ocasión, una forma de proceder que dirige nuestra atención hacia la construcción de valores y hacia la sensibilidad en el sentido tanto de la “vestidura” como de la “investidura”. La primera característica del acto, de la autoinvestidura del lector ante el acto de la lectura, es una característica de *cortesía*, un término representado solo de forma imperfecta por “cortesía”. La lectura aquí no es un acto fortuito o casual. Se trata de un encuentro cortés, casi cortesano, entre una persona privada y uno de esos “invitados importantes” cuya entrada en la casa de los mortales es evocada por Hölderlin en su himno “Como un día de fiesta”...

A colación de este retrato, Steiner recuerda la expresión del filósofo Charles Péguy, *Lecture bien faite*, la lectura bien hecha, aquella que requiere “una cooperación, una colaboración íntima, interior, y también una elevada, una suprema y singular, una desconcertante responsabilidad”. George Steiner insiste en la idea de origen: “Leer bien es ser leídos por lo que leemos”. Ante un romance de tamaña transcendencia (entrecruzamiento y doble posesión), ningún paso previo en el cortejo puede ser desdeñado por superfluo.

Cada lector, como cada amante, tiene sus mañas. Y la iconografía del lector a lo largo de los siglos (primero, en artes plásticas; después, en otras artes visuales, como la fotografía y el cine) lo ha demostrado. Frente al filósofo lector de Chardin, tenemos a los lectores de Edward Hopper. Reparemos en su obra *Excursión a la filosofía*.

Una suma de rectángulos nos circunscribe en el interior de la escena: una ventana, una cama, un libro abierto, una espalda, la porción de un cuadro, paredes, sombras y un trasero desnudo, turgente, pero ciertamente rectangular. Cuesta determinar si el punto de fuga lo representa el objeto libro o la carne desnuda de la mujer.

“El ser humano ha estado releendo a Platón, pero lo ha hecho tarde en su vida, demasiado tarde”, reveló Hopper, quien, a la vez, insinuó que el volumen pintado podría representar una de las obras del “de los hombros anchos”. Hoy, habitamos dormitorios como cavernas, guaridas que albergan sombras (cuerpos semidesnudos a los que se pudo amar para, poco después, dar la espalda y olvidar). El libro abierto (¿la llama que ilumina?) resiste sobre las sábanas abismado en la frontera entre lo que fue, lo que es y lo que devendrá. ¿Qué sombra brea las páginas del libro? ¿Los cuerpos o las contraventanas entornadas? ¿La luz externa o lo umbrío del interior? La lasitud del hombre, de la mujer y del libro olvidado nos sumergen en una melancolía abrumadora. ¿Qué ocurre tras la posesión? ¿A quién poseemos? ¿Nos mimetizamos y nos alejamos *a posteriori*? ¿Nos transformamos tras una noche de amor y tras una lectura literalmente platónica?

Merece la pena mencionar en este punto la serie de autorretratos de Pierre Beteille, un lector y fotógrafo francés. En todos ellos, Beteille escenifica instantes *cigotescos*. Se diluyen las fronteras entre el leyente y el texto: cada fotografía retrata una unidad, una lectura literal, un cuerpo abierto en canal que devora otro cuerpo. El espacio circundante se contagia de las tramas y los contextos. Por eso, mientras lee *La metamorfosis*, en una habitación forrada con papel de coleópteros y otras criaturas, observa su propia transformación: un pecho turgente en su torso de varón evidencia que algo extraño está ocurriendo; o vomita letras sobre *La náusea*; o lee *La peste* con sus manos cubiertas con unos guantes de látex; o una cámara sobre su hombro se inmiscuye en su lectura de *1984*; o un ave le caga en pleno rostro mientras pasa las páginas de *Juan Salvador Gaviota*; o

se cubre la nariz con un adhesivo para evitar que crezca mientras sus ojos recorren ciertos párrafos de *Pinocho*; o, un último y jocoso ejemplo: autorretrato del presunto idiota que pretende leer *El idiota* de Dostoievski de cabeza.

¿Te das cuenta de que todo esto no es más que un maldito baile de cortejo? Datos asépticos, frialdad, delirio, misterio, balbuceos, ironías, un tono arriba, un tono abajo, la anécdota chusca, contorsiones. Alfombró con palabras tu mirada cenital: intimidante, excitante, caprichosa.

Te escribo y fuera llueve.





## LECTURA Y BESTIALISMO

---

**H**ay quienes conciben la lectura como una colaboración tácita entre una persona que *siembra* palabras (un autor) y otra que las recolecta, las almacena y las dota de sentido. Hay quienes, como hemos señalado con anterioridad, conciben la lectura como un campo de batalla, un cuerpo a cuerpo lleno de estrategias y desgaste de energía. Giovanni Papini le apostaba a esa interpretación bélica:

Todo libro es, en cierto modo, un enemigo, un invasor; quiere sustituir otros pensamientos que los tuyos, pretende arrastrarte a pensar a su manera. Por tanto, es preciso defenderse. Leer a mano armada. Y el arma más adecuada (entre las materiales) es un lápiz de color.

Blandir lápices frente al monstruo, agotar fuerzas en el desmantelamiento del mensaje, desnudar el texto para poseerlo. En el derroche se abona la sexualidad, nos recuerda Georges Bataille. Hay lectores proclives al derroche. Igual que un enamorado deshoja una o cientos de margaritas para conocer su destino, ellos destazan libros. Durante décadas, los bibliófilos sobrellevaron las amputaciones cometidas contra los periódicos y otras subespecies de prensa. Nunca se miró mal a quienes guardaban álbumes de recortes sobre un tema determinado y desdeñaban el resto de la publicación. Sin embargo, cuando el sacrosanto libro se convierte en víctima de tijeras o de filosos cúteres, los ilustrados claman al cielo por tamaña injuria y califican de inhumanas bestias a los infractores. Recordemos que, desde el siglo XVI, hay excomunión reservada, no solo a quien robe libros sino también para aquellos que los enajenen.

“Lectura del día”, un relato de la escocesa Ali Smith, nos narra la historia de Melissa, quien desaparece y deja, a su paso, cientos de hojas sueltas de los libros que ha leído:

Ya no queda nada de Margaret Atwood ni de James Joyce ni de Virginia Woolf ni de Hardy ni de Lawrence ni de Forster. [...] Hay poemas en desagües y alcantarillas, debajo de los raíles de los trenes, páginas de novelas en las aceras, en los supermercados, pegados en los pies de la gente o en las ruedas de sus bicis o de sus coches; hay poemas en el desierto.

Hasta que una de esas hojas queda enganchada en el zapato de tacón de una mujer y esta lo desprende y lee atentamente su contenido:

86

Las palabras que había pinchado con el tacón le parecieron preciosas, y dobló el papel y lo metió en un escondrijo secreto, debajo del forro del cajón del maquillaje. No contó a nadie que las había encontrado.

La mujer de conducta bestial y depravada desencuaderna el libro, desgaja páginas, interrumpe la continuidad de la trama y permite que las hojas emprendan un camino distinto al trazado por su autor. Un siglo antes, Edmond Rostand, en *Cyrano de Bergerac* –obra a la que volveremos en capítulos posteriores– describe al inicio de la trama la costumbre bárbara de una pastelería:

RAGUENEAU: ... ¡Los versos de mis amigos desgarrados, desmembrados para hacer cucuruchos y meter en ellos piñones!...

El horror del literato llega al culmen cuando descubre que el tercer cucurucho esconde el *Soneto a Filis* de Diego de Torres y Villarroel. La Bella (Arte) y la Bestia iletrada han sido condenadas al malentendido.

En *Oso* (1976) (novela perturbadoramente hermosa de Marian Engel), Lou, bibliotecaria y lectora ávida, deja la ciudad y se muda temporalmente a una mansión victoriana, ubicada en una solitaria isla, donde solo habitan libros, un oso y ella. Un día, mientras lee las memorias de Trelawny –el hombre que incineró el cuerpo de Percy Shelley y conservó su corazón; y el mismo que viajó con lord Byron

a Grecia—, la mujer siente la necesidad de hundir su pie desnudo en el pelaje del oso, un lector pasivo al que seduce con caricias y miel. Mientras devora las memorias de Trelawny, Lou se pierde en la naturaleza salvaje (un deseo muy rousseauniano). También, se transforma en una de esas lectoras peligrosas que somatizan lo leído. Se impregna del carácter morboso de los literatos victorianos y arrastrada por su soledad sucumbe a una intimidad, sin ambages, con la bestia.

Amaba al oso. Había en él unas profundidades que Lou no podía sondear, que no podía palpar ni destruir con los dedos del intelecto...

No deja de ser asombrosa la exquisita delicadeza, y la precisión quirúrgica-literaria con la que Marian Engel nos envuelve en un universo de obscenidad, bestialismo y lecturas íntimas frente a una chimenea crepitante. El espectro de lo entendible se ensancha. La moldeable capacidad de empatía lectora nos abandona a nuestra suerte en una situación inaudita. Una excitación inimaginada nos causa repulsa y curiosidad. Nos asomamos a lo oscuro. El oso dormita y, por el momento, esconde sus zarpas.

Veinte años después de la publicación de *Oso*, Bernhard Schlink publica *El lector*, donde, a grandes trazos, un muchacho de quince años penetra el cuerpo de Hanna, una enigmática mujer de treinta y seis años... ¿Es Hanna una mujer o un animal, una yegua herida y amorosa? ¿Se trata de una criatura medio domesticada, medio salvaje, que igual sale en estampida, que cruza el rostro del *enemigo* con un cinto, o desoye los gritos de las que van a morir? ¿Sigue consignas e instrucciones de un régimen asesino porque conserva un miedo atávico al látigo sobre su piel de paria? Expulsada del mundo libresco, estigmatizada y condenada a vivir solo una vida (la suya), se rebela ante su destino. Esta bestia inescrupulosa con el padecer ajeno —se revela su pasado como temida guardiana en un campo de concentración— no desea tanto el sexo con un adolescente que la lleva al gorgoteo y éxtasis, como a ser penetrada por los libros que él lee para ella en voz alta.

Lectura, ducha, amor y luego holgazanear un poco en la cama: ese era entonces el ritual de nuestros encuentros.

El lector no juzga a la bestia acorralada: “La lectura era mi manera de dirigirme a ella, de hablar con ella”. Condenada a dieciocho años de cárcel, Michael Berg, el que fuera su chiquillo (su animal sexuado), comienza a mandarle cintas magnetofónicas en las que se graba leyéndole en voz alta. Comienza con la lectura de *La Odisea*, que no es la historia de un regreso sino de un perseverante retorno al mar.

Te presento a mi compañera de la última década: Mara, la bien cayente. A Mara no le gusta que yo lea. Prefiere que nos saquemos a pasear la una a la otra. Es una criatura errabunda que husmea la presencia de conejos y tlacuaches. Mientras ella sigue el rastro de posibles presas, yo husmeo historias por el vecindario. Nos entendemos bien, menos cuando leo. Aborrece que preste tanta atención a mis libros. Tolera el asunto si le rasco la panza con el pie descalzo o si le acaricio el entrecejo con la mano derecha. Si no lo hago, babea sobre las páginas como si no se diera cuenta del delito que comete. Creo que aspira a enredar el hilo de la trama o a detener la prosa hipnotizadora que me columpia. Sus ladridos actúan como polillas hambrientas que exterminan la secuencia del texto.



Mi perra es una perra.

Una vez probé a leer *Flush* de Virginia Woolf con Mara recostada en mi almohada. Si Flush era el aristocrático cocker spaniel de largas orejas y ojos avellana de la poeta victoriana Elizabeth Barrett Browning, Mara es la criolla de rabo cortado (algún canalla lo macheteó cuando aún era una cachorra) que me pone en vereda, no se deja engatusar por mis arrumacos y se impacienta si mi lectura se prolonga más de la cuenta.

Aquel día, la divina prosa de Virginia Woolf me hermanaba con Flush. Este, tendido a los pies de Elizabeth Barrett Browning y algo envejecido, esperaba con estoica filosofía su final. Ni tres segundos duró mi mutación en perro. Mara hiperventilaba junto a mi mano, arrebuja mis sábanas y me reclamaba atención con sus ojos perfectamente delineados y su boca entreabierta sobre la que se dibuja un coqueto lunar.

Creo haber dicho ya que mi perra es una perra.

Salí del ensimismamiento y de las mansiones victorianas de un Londres perdido, volví a este bosque de niebla en el que habito y asumí que Mara y yo siempre seremos dos pulgas bien cayentes que pasearemos por la vida sin mayor afán de trascendencia.



## SEXTEO Y OTRAS EXPERIENCIAS

### EPISTOLARES

---

**L**os más atribulados y rijosos detractores del sexteo (el envío de mensajes de alto contenido sexual por medios digitales) olvidaron, entre muchas otras expresiones históricas, los explícitos *graffitis* conservados en los muros de Pompeya, ya sean textuales (“Quien se siente aquí, debe leer esto primero. Quien quiera follar por dieciséis ases que busque a Attice”), ya sean frescos de notorio realismo pictórico. Como ejemplo de estos últimos, la pintura que se conserva en el muro de entrada de la Casa de los Vetti. Ante la imagen del dios Priapo pesándose su descomunal miembro sobre una balanza llena de frutas maduras, no hay más que sugerirles a los *dick pics* del mundo que sean humildes y reconozcan su irrelevancia y cuestionable poderío. No hay nada nuevo bajo el sol: ni los grafiteros contemporáneos ni los creadores de misivas de alto contenido sexual y erótico escandalizarían a nuestros ancestros. Un lector ecuánime podría disfrutar de lo soez o podría desviar su lectura de esa senda, pero no condenaría la pornografía por el mero hecho de serlo. Distinto es que rechace un texto concreto por tratarse de una copia mediocre de libros pasados, porque posea una prosa balbuciente, o porque sea francamente mala y se limite a reproducir una vulgar enumeración de fornicios sin chiste.

Oscar Wilde, cuando redactó *De profundis*, dedicado a Lord Alfred Douglas, desde la cárcel de Reading, exigía a su examante un resarcimiento por todo lo vivido.

Has de leer esta carta desde la primera hasta la última letra, aunque cada palabra te penetre como si fuera fuego, o como el bisturí del cirujano. Es preciso que con ella la carne delicada sangre o se abraze.

Para él, como para Kafka en *Carta al padre*, la carta es un cuchillo afilado que desgarrar. En otros casos, la epístola tiene un gamberro efecto afrodisíaco. En el terreno de las cartas eróticas –donde un yo escribe a un tú, y los cuerpos demediados aspiran a formar una unidad–, el primer destinatario siente una doble atadura, porque su interés por el mensaje trasciende de lo estético. Lee con todo el cuerpo porque él ha inspirado esas palabras. Además, sabe que tan pronto como devore el texto, los papeles se invierten o, mejor expresado, los roles se entrecruzan. Simultáneamente, uno es leedor y autor y, en ambos casos, le domina una corpórea impaciencia que aspira a la consumación.

James Joyce no tenía dudas al respecto: el acto sexual y el género epistolar guardan muchas analogías. Prueba de ello es el comienzo de la carta que dirigió a su esposa, Nora Barnacle, el 2 de diciembre de 1909:

Hay algo de obsceno y lascivo en el aspecto mismo de las cartas. También su sonido es como el acto mismo: breve, brutal, irresistible y diabólico.

Acustofilia a todo lo que da en estas “cartas sucias”, tal y como las calificaba el propio Joyce. En otro famoso fragmento de esta correspondencia –recopilada por Richard Ellmann, uno de sus biógrafos más pertinaces–, el lector *voyeur* se siente abochornado por el contenido explícito de las cartas, no tanto por obscenas, sino por perturbadoramente íntimas. Aquellos que no somos ni Jim ni Nora tal vez deberíamos apagar la luz de la lámpara y permitir que el texto exista solo para ellos dos.

Pareces ansiosa por saber cómo recibí tu carta que dices que es peor que la mía. ¿Cómo que es peor que la mía, amor? Sí, es peor en una o dos partes. Me refiero a la parte en la que dices que lo harás con tu lengua (no me refiero a que me chupes) y en esa amable palabra que escribiste bien grande y subrayada, pequeña canalla. Es excitante escuchar esa palabra (y una o dos más que no escribiste) en los labios de una chica. Pero prefiero que hables

de ti y no de mí. Escríbeme una larga, larga carta, llena de esas y otras cosas, acerca de ti, querida. Ahora ya sabes cómo regalarme una erección. Dime las más pequeñas cosas acerca de ti, detalladamente mientras sean obscenas, sucias y secretas. No escribas otra cosa. Deja a cada oración llenarse de sucias e impúdicas palabras y sonidos. Son lo que más amo oír y ver en el papel, porque las más sucias son las más hermosas [...] derribarte debajo de mí, sobre tus suaves senos, y tomarte por atrás, como un cerdo que monta a una puerca...

Nora Barnacle no quiso, ni falta que le hizo, leer el *Ulises*. Ella leía y releía el cuerpo de su esposo en una notable sucesión de camastros. Mientras le regalase esa *cochina* intimidad, la transcendencia literaria del hipermétrope que tenía a su lado le importaba un bledo.



## LA CARNE SE HACE TEXTO

---

Aunque Nora Barnacle dejó el volumen reposando en su mesilla, el *Ulises*, con su galopante final, cumple un siglo de lecturas apasionadas, sesudas, académicas, sufrientes y bizarras. Hace un lustro, Reddit posteó a sus usuarios la siguiente cuestión: “Sexoservidores actuales o ya retirados, ¿qué es lo más extraño que un cliente le ha pedido?”. Dos días después, tenían casi nueve mil comentarios. Uno de ellos halagaría la obscenidad lúdica de James Joyce y de Nora.

Tuve una amiga prostituta. Mi historia favorita de todas cuantas me contaba era la de un cliente que solo la quería de pie en una esquina, de cara al muro, sin nada de ropa, pero con botas de combate, y leyéndole el *Ulises* de Joyce.

También han de carcajearse ambos –quién sabe desde qué dimensión–, cada vez que los lectores más extremos de su novela celebran, el dieciséis de junio, el Bloomsday. Las calles de Dublín se cubren de sombreros canotier de paja y de prendas eduardianas. Ese día, resucitan cientos de Leopolds, de Mollys y de Stephens, que recrean la *Odisea*. El aroma a riñones de cerdo frito, u otros órganos internos de reses y aves, recorre la ciudad desde la hora del desayuno, y compite con la fragancia del jabón de dulce cera alimonada que se vende en la botica Sweny. No existen registros de cuántos Leopolds postizos se han enamorado en esta festividad de simulacros de Molly; ni de si la trama se trastoca y Stephen Dedalus termina con la chica. Tampoco ha trascendido el porcentaje de participantes del Bloomsday que culmina su aventura con un buen polvo, al amparo del recuerdo de Joyce, o el

que ha optado por deslindar ficción de realidad tan pronto como cae la noche. En todos los hipotéticos casos anteriores, el texto se transforma en carne.

A Marilyn Monroe, una célebre lectora del *Ulises*, como reflejan varias fotografías ya míticas, le ocurrió justo lo contrario: su carne, deseada y mercantilizada por coetáneos y fetichistas, se hizo texto. Su tercer esposo, Arthur Miller, la apresó como personaje en dos obras, *Después de la caída* y *Acabando la película*. Inmortalizó con ellas la imagen de Marilyn como neurótica vencida. Pero ella –que amén de devoradora de hombres lo era de libros–, pone los puntos sobre las íes a través de su desconcertante escritura, de la que se han rescatado fragmentos.

96

Mi amor lee junto a mí.

En la débil luz – veo su viril mentón aflojarse [...],

pero ¿tendrá ese mismo aspecto cuando esté muerto?

Imaginemos.

Arthur Miller se debate entre proseguir con su lectura o sestar. Quizá, está anocheciendo. Marilyn Monroe, medio desnuda y apenas cubierta con una camisa de franela del dramaturgo, lo observa enternecida y espantada. Bebe con sorbos de gorrión un *whisky sour* y garabatea con un lápiz de punta gastada unas líneas en una servilleta. Observa a su amor con una mirada que aúlla (“Sé que no puedo ser feliz, pero puedo ser muy alegre”). A su hombre solo le falta babear con el libro entre las manos.

La “rubia boba” que nos quiso vender el *star-system*, escribió una lúcida reflexión que trenza lectura, eros y tánatos. No necesitó ni treinta palabras para desosegar a los bibliófilos. ¿No salva la lectura de las quijadas descoyuntadas? ¿De los ojos que ya no leen? ¿Del vacío?

Arthur Miller, a quien ella descubrió mortal a pesar de sus lecturas, no tembló al describirla una vez muerta: “Fue una poetisa callejera que habría querido recitar sus versos a una multitud ávida de arrancarle la ropa”.

Una madrugada, mi hombre ideal se puso los calcetines del revés y rebuscó mierda con barniz literario por las cloacas de la ciudad. Una noche, mi hombre ideal, un personaje, se dejó las llaves en su casa y, junto a ellas, olvidó su delicadeza. Cuando dobló la esquina, se perdió en uno de los últimos capítulos de la ciudad impúdica. Sentí deseos de abofetearlo. En realidad, sentí deseos de perderme con él hasta el final de la noche.





## EL KAMASUTRA DE LA LECTURA

---

**L**uis Cernuda versificó sobre la expresión más viva del deseo: la figura de un hombre interrogante que transita en silencio.

No decía palabras  
acercaba tan solo un cuerpo interrogante,  
porque ignoraba que el deseo es una pregunta  
cuya respuesta no existe,  
una hoja cuya rama no existe,  
un mundo cuyo cielo no existe.

El feto humano (futuro texto) se enrosca en el vientre materno como tosca interrogación o coma suspendida en el líquido amniótico. Que nuestro cuerpo sea texto, o generador de textos, viene de lejos. No descubrimos nada nuevo al evocar a un caballero andante que da vida, con el deseo, a su Dulcinea del Toboso. Ni nos sorprende que el vizconde de Valmont, en *Las amistades peligrosas*, o el poeta Baudelaire usaran, como recordó Enrique Serna en *Pupitres carnales*, las nalgas de ciertas mujeres para redactar sus epístolas más edulcoradas o sus versos de belleza más disoluta.

Unos escriben recostados en mullidos cuerpos y otros leen esos mismos textos decúbito supino. A veces, el libro domina y te cabalga y, en otras, el libro acepta la triste mirada del misionero. También hay quien prefiere recostar el libro junto a su cuerpo interrogante, acabar la página, elevar el libro y dibujar media circunferencia en el aire, para depositarlo en el lado contrario, mientras el cuerpo deja de ser una interrogante de apertura para serlo de cierre.

Existen varios *Kamasutra* del lector, pero uno, obra del ilustrador Seymour Chwast, publicado hace veinticinco años en *The New York Times*, se inspira en los cuerpos de parejas leyendo en la intimidad. Las posturas (de la Cobra a la Flor, pasando por la Vaca Invertida o el Tren) van acompañadas de un texto en el que se recomienda qué tipo de literatura es adecuada para tamaña contorsión y acrobacia. En la del Tren, propuesta muy cómoda para los menos flexibles, la mujer se sienta entre las piernas del hombre y este, con los brazos extendidos, le lee pasajes de un libro de viajes. En la Vaca Invertida, él, a cuatro patas, se apoya en el suelo con los codos y el libro abierto en sus manos; y ella, sentada en su grupa, lee otro libro, mirando hacia la dirección contraria. En este caso, se sugiere leer cuentos breves; sin duda, una deferencia al hombre sobre el que se aposenta su pareja.

## HYSTERICAL LITERATURE: UN BURDO ERROR

---

Mientras que el Kamasutra en pareja nos parece de una exquisita y humorística delicadeza, *Hysterical literature*, la propuesta performática del fotógrafo y videoartista de Estados Unidos, Clayton Cubitt, iniciada en agosto de 2012, tiene su chiste, pero no su miga: el hecho de grabar a distintas mujeres leyendo su pasaje favorito, mientras un vibrador las masturba –hasta se dio a conocer el modelo utilizado para su experimento, un Magic wand con control de velocidades–, de ninguna manera ejemplifica el placer físico obtenido en la lectura. En estos videos, el placer es provocado por ese consolador que penetra los cuerpos de las lectoras. Probablemente, el orgasmo grabado de la dama en cuestión no sería muy distinto si dicho aparato la hubiera estimulado mientras dictaba sentencia en un juicio, pelaba unos cuantos kilos de patatas o tejía un suéter frente a la chimenea. Es decir, las protagonistas de los videos no experimentan placer carnal por la lectura, sino por un artilugio eléctrico dependiente de las cuestionables manos del asistente de Clayton Cubitt. La curiosidad del experimento, para quien la tenga, radica en oír fragmentos de *La naranja mecánica*, de Anthony Burgess, o de *Hojas de hierba*, del ya citado Walt Whitman, entrecortados y acompañados de gemidos, alguna que otra “*petite mort*”, y ojos en blanco, emulando el *Éxtasis de Santa Teresa*, de Bernini. Hablando de Teresa de Ávila, Félicien Rops (1833-1898) dejó la pacatería a un lado y transgredió más que Clayton Cubitt un siglo antes. Amigo de Baudelaire, e ilustrador de su obra, una de sus ilustraciones, *Sainte Thérèse*, representa a una mujer de mirada

perdida y cuerpo desnudo, aunque calzada y con cofia eclesiástica, masturbándose, sentada en el suelo, frente a un libro abierto por el que parece sentir terror y pasión al mismo tiempo. La mujer utiliza un consolador rudimentario para, como observó Pietro Aretino en el siglo XVI, “sofocar el picor de la carne”. La fuente de esa comezón, según se colige de la obra de Rops, surge durante la lectura.

Frente al tejemaneje del consolador clásico, y a la vibración provocada por ingenios más modernos, la luz titila en las lámparas de viejas bujías, y un ejército de lectoras (Elizabeth Bennet, Anna Karenina, Emma Bovary o Molly Bloom) sienten un placer genuino ante esos textos que las amarran y seducen, que las pierden profundamente, que las despedazan mientras ellas devoran con fruición cada frase.

102

“Escribir –indicó Georges Bataille, bibliotecario de día, transgresor sobre el papel en blanco– es buscar la suerte, no solo la del autor, sino la de un anónimo cualquiera”. Lectores fragmentados aguardan, con cada libro, la hora del coito, del gran festín, del sagrado instante en el que el texto cobre sentido e ilumine una experiencia muda, sepultada en sus entrañas.

## UN SEÑUELO LLAMADO LIBRO

---

**J**ohn Waters, un *dandy* transgresor de educadísimas formas, no esconde su condición de amante de los libros. “Para mí –declaró el cineasta de Baltimore durante una entrevista a *El País*– el éxito es poder comprar cualquier libro sin mirar el precio y no tener que estar rodeado de gilipollas”. Otra perla salida de su boca, flanqueada por un bigotillo tan fino como un lapicero afilado, inspira el contenido de este epígrafe: “Si vas a casa de alguien y ese alguien no tiene libros... no te lo folles”. Algunos celebran la sugerencia, aun a riesgo de ser tildados de elitistas. Otros se la toman como una advertencia: para retozar con ciertos cuerpos se recomienda adoptar la pose del lector, una argucia como otra cualquiera para seducir al personal. Igual que algunos sacan de paseo al sobrino infante o al perro del vecino, porque ese aire sensible y paternal atrae viandantes, cuántas veces un libro no ha sido el señuelo escogido por cuerpos primaverales para ablandar a sus presas.

Woody Allen se percató de este fenómeno en su postadolescencia: los libros le ayudaban a entablar conversaciones con final feliz con las más excitantes mujeres del village neoyorquino. Estas se perdían más fácilmente por un hombre con *La metamorfosis* de Kafka entre sus dedos enclenques que por otro con un guante de beisbol enfundado en su mano atlética. Allen y sus hormonas desbocadas se reconciliaron con los libros gracias a todas esas muchachas ingravidas, vestidas con estrechos suéteres de *cashmere* y minifaldas coquetas, a quienes excitaba la cultura, en términos generales; y el hombre culto, en particular. Las citas para tomar un café se prolongaban hasta bien entrada la noche y se sostenían en el tiempo gracias a las sentencias existencialistas y los debates metafísicos. Allen constató con su experiencia que

los lectores jugaban con ventaja en sus devaneos con chicas liberadas. No es el único que sostiene esa hipótesis. Ricardo Piglia se hizo lector para epatar a la mujer deseada. En una entrevista concedida en 2010 a Leila Guerriero, aunque ya había desmenuzado la anécdota en *Los diarios de Emilio Renzi*, el escritor argentino confesó sus primeros pasos como lector:

Había tenido una noviecita en Adrogué. El padre era de familia de anarquistas, leían mucho. Y me acuerdo de la escena. Íbamos caminando, había un muro alto, y ella me dijo: “¿Estás leyendo algo?”. Y yo había visto, en la vidriera de una librería, *La peste*, de Camus. Y le dije: “Sí, *La peste*, de Camus”. “Préstamelo”, me pidió. Entonces, compré el libro [...] Me da vergüenza contar esto [...] pero compré el libro, lo leí esa noche, lo arrugué un poco para que pareciera más usado, y se lo llevé al día siguiente. Y ahí empecé a leer.

104

El caso de Ricardo Piglia ejemplifica el de todos aquellos seductores impostados que, tras la engañifa inicial, prueban las delicias del texto y acaban metamorfoseados en lectores natos.

Si bien John Waters, Woody Allen y Ricardo Piglia, hasta donde sabemos, han sido o son personas de carne y hueso, personajes literarios se han valido también de la estratagema de los libros para acechar su objetivo erótico. Como ejemplos, el Giacomo Casanova de Arthur Schnitzler cuando, en *El regreso de Casanova*, saca a relucir toda su artillería pesada de conocimientos sobre Voltaire para seducir a un hueso duro de roer, la bella, erudita y, sobre todo, joven Marcolina; o el adolescente András Vajda (*alter ego* de Stephen Vizinczey) durante sus labores de seducción a su vecina en las páginas de *En brazos de la mujer madura*. András, incendiado de deseo, subía un día sí y otro también a casa de Maya para pedirle y devolverle libros. Ella descubre el pastel y se engolosina con el mismo.

—No es necesario que finjas que lees los libros tan de prisa —me dijo una tarde—. Siempre que desees charlar un rato, puedes subir.

El relato discurre por territorios encantadores. András desea pronunciar la siguiente frase frente a Maya: “Diga qué puedo hacer para con-

seguir que usted me quiera". Como no se atreve a tanto, relee con avidez *Rojo y negro* buscando respuestas en la obra de Stendhal. De inmediato, Julien Sorel le indica el camino: en la vida, uno tiene que ponerse plazos, darse ultimátum y amenazarse con dramáticas consecuencias. La inacción se castiga.

En la novela de Stendhal, Julien Sorel reprime su impulso de aferrarse a los dedos de madame de Renal, hasta que pone freno a su cobardía: "Cuando den las diez, haré lo que durante todo el día me he propuesto hacer esta noche o subiré a mi habitación y me volaré los sesos". El miedo al rechazo le atenaza, pero en la última campañada previa a las diez de la noche vence el pavor y toma la mano de madame de Renal. En un primer momento, ella la retira, pero finalmente se abandona a las caricias del preceptor de sus hijos.

Con el eco de esta escena aún resonando en su interior, Andrés corre a reunirse con Maya repitiendo una frase como mantra: "Si esta vez me falta valor, me tiro al Danubio". Teatralmente convencido de su destino, el adolescente húngaro toca la puerta y espera con impaciencia la aparición estelar de su vecina. Esta tarda en abrir su casa y, de paso, su cuerpo voluptuoso. El autor se deleita en esos minutos de suspenso. Detiene la acción, demora la resolución de la escena y sumerge al lector en un raudal de preguntas para las que aún no hay respuestas. ¿Abrirá la mujer? ¿Se envalentonará el muchacho? ¿Se acostarán? Finalmente, ella aparece somnolienta, malhumorada, carente de atractivo. A él, lejos de disuadirle su imagen desaliñada, lo engalla tanto que no solo pronuncia la frase, sino que le incrementa el tono: "He decidido que si hoy no le pido que haga el amor conmigo, me tiraré al Danubio", dice el muchacho a la mujer madura, quien, por cierto, no parece sorprenderse lo más mínimo con esta declaración: "Bien, puesto que ya me lo has pedido, no tendrás que matarte", le replica ella indicándole dos caminos: el del dormitorio con fondo de cama deshecha, y el de su cuerpo cálido y desprejuiciado.



## LA ATRACCIÓN POR VÍA LITERARIA

---

**H**ay relaciones eróticas y sexuales que usan los libros de alcahuetes. Nacen por ellos. La psicología ha corroborado que los leyentes ganan puntos en el terreno del cortejo. Geoffrey Miller, experto en selección sexual con fines evolutivos, defiende que “rasgos como el lenguaje, el humor y la inteligencia han evolucionado porque son sexualmente atractivos”. Sin duda, el estudio presentado por la página web de citas *eHarmony* adolece de rigor científico, pero no deja de contar con una amplia muestra de usuarios (unos veintinueve millones de seres en busca de pareja). Su informe concluye que aquellos perfiles que incorporan la lectura a sus aficiones despiertan un mayor interés entre el resto de usuarios del sitio. No contentos con su descubrimiento, cuantifican la cuestión: los hombres lectores reciben un 19 por ciento más de mensajes, frente al incremento del tres por ciento en las lectoras (cada quien que interprete a su libre albedrío esta diferencia hiriente). @hotdudesreading es una cuenta de instagram, con más de un millón de seguidores, y que surgió por la iniciativa de un grupo de mujeres que compartía una hipótesis de partida: los hombres atractivos siguen leyendo libros en papel en los espacios públicos. Ateniéndose a las imágenes con las que acompañan su *investigación*, su teoría se defiende por sí sola.

Para los bibliófilos, un cruce de lecturas, aunado a un intercambio de miradas, sobra para convertir al otro en objeto de deseo. Reconforta hallar en el suburbano (en la jungla) a un semejante descodificando un texto amado. De inmediato, nace entre esos dos desconocidos un genuino sentimiento de camaradería, un deseo de intercambiar, amén de posibles fluidos, las razones que les impulsaron a escoger ese libro

y no otro. ¿Cuántas veces no nos hemos pasado de estación de metro por el empeño en averiguar qué estaba leyendo el sujeto de enfrente? ¿Quién no vivió el desencanto al descubrir que ese atractivo ser, que leía de pie, ensimismado, no andaba enfrascado en la lectura de *Rojo y negro*, sino en el manual de la Dirección General de Tráfico? Hoy en día, la lectura en pantalla confiere a los tenedores de libros una aburrida uniformidad estética. El señuelo ha perdido vigor o, al menos, un libro electrónico, una tableta o un celular aportan al conquistador menos pistas sobre la psicología de su presa. Gracias al libro impreso, el *voyeur* no solo descubría de un vistazo el título y el diseño de portada –en ocasiones, a costa de una torsión de cuello o de un indiscreto encimarse–; también rescataba datos útiles para entablar una conversación con el lector, como su grado de pulcritud o bien de su desorden externo; la neurosis reflejada en el tipo de subrayado o la ira contenida con la que doblaba las esquinas de algunas páginas.

Román Gubern sintetiza en diez puntos las ventajas del libro en papel (“el que aprendimos a amar desde nuestra infancia”) frente al imperio de las pantallas (“prótesis escópicas” las llama). Reproducimos los dos primeros:

El libro electrónico se opone al fetichismo del libro como objeto sensual, es decir, como objeto táctil, visual y oloroso a la vez. Y ese fetichismo ha sido tradicionalmente un componente hedonista del placer intelectual de la lectura.

El libro electrónico se opone, en su condición de máquina estandarizada, al valor sentimental del libro recibido como regalo cariñoso, o dedicado con una firma por el autor o por el amigo que lo regala, o de una edición limitada para *amateurs* cómplices.

La atracción por afinidad literaria se enfrenta a nuevos retos.

En una ocasión, salí de mí mientras dormía. No recuerdo qué libro leía antes de que me ganara el sueño. Mi mala memoria me obliga a inventarme y a refutar las distintas versiones que voy dejando por el camino. Digamos que, siguiendo mi anárquica manera de leer, guardé bajo la almohada *El Aleph* de Borges o *Tintín en América*. Digamos también que había hurtado de la biblioteca de mis padres un desconcertante libro del Marqués de Sade. Este enseñaba que la frontera entre el bien y el mal es tan volátil como la línea trazada en la orilla por las olas. El marqués no mencionaba nada sobre el rastro de espuma blanca, de baba burbujeante, de peces muertos, y de algas estropajosas que cubren la mencionada frontera.



Volvamos a la cama. Estaba diciendo que dormía, cuando salí de mí. Floté. Me instalé sobre mi cuerpo dormido. Me observé. Mi espíritu volador cubría la lasitud de mi cuerpo. La que dormía, que era yo, se des-perezó y trató de abrir los ojos para verme. No lo hizo. No pudo. Despersonalizada, desrealizada, escindida, me mantuve por un tiempo indefinido siendo dos y una al mismo tiempo: una extraña demediada que contemplaba con curiosidad un trozo de carne, que era quien esto escribe, desde la atalaya de un alma flotante, que podría ser la mía. Aún hoy, ante ciertos libros, revivo esa sensación de viaje astral, de desdoblamiento, de gozoso pavor.

Ante ti, lector, procuro acinturar el alma al cuerpo para no hacer públicas esas huidas que, por otro lado, son el detonante que necesito para escribir.



## LECTORES ENTERRADORES Y GINECÓLOGOS DE LA LECTURA

---

**S**ócrates, poco amigo de la escritura y por tanto de la lectura, temía la letra muerta y el encierro del saber en las bibliotecas. El maestro de Platón apostaba por la mayéutica, esos diálogos metódicos que provocan que el interpelado encuentre la verdad dentro de sí. El estudiante entra en labores de parto (intelectual) y de él emergen conocimientos gracias al delicado trabajo de obstetricia mental a que le somete el filósofo. El saber y la creación (que no circulan por los mismos circuitos) comparten metáforas con la sexualidad de fin reproductivo: parimos ideas, engendramos tramas y damos a luz textos. El método mayéutico avanza hacia su objetivo con su exhaustiva batería de preguntas. Las interrogaciones ganchudas emulan anzuelos que pescan conocimientos en esta gran sopa boba en la que habitamos.

Muchos atenienses se sintieron intimidados por el método socrático. Las interrogaciones, como boyas coloridas, demarcan las lagunas. El Támano de Atenas espoleó a más de uno con sus preguntas y se ganó animadversiones en sus charlas de ágora. En su tristemente famoso juicio, Sócrates enfrentó el cargo de corrupción a los jóvenes. De los 501 miembros del jurado, 280 le consideraron un pervertido (del latín *perversio*: “dar la vuelta por completo”) y el tribunal lo condenó. Bebió la mortal cicuta y pronunció sus enigmáticas últimas palabras: “¡Oh, Critón, debemos un gallo a Asclepio, no te descuides!”. Nada que ver con Walt Whitman, quien con su escueto “mierda” condensó poética e impúdicamente la jodienda de morir. La perversión de Sócrates nos recuerda a esos libros que nos cambian la vida por completo, los que

nos enseñan el envés de las cosas y nos arrastran desnudos al otro lado del espejo.

A lo largo de estas páginas –un gabinete de curiosidades lectoras–, distintos autores reconocen los tics parafrásicos de sus leyentes o de ellos mismos como lectores. En el caso de Proust, este descubre cierta necrofilia frente a los textos:

La lectura es una amistad. Pero al menos es una amistad sincera, y el hecho de que se profese a un muerto, a un ausente, le da algo de desinteresado, algo casi conmovedor. Se trata además de una amistad desprovista de todo aquello que afea las demás amistades. Como en el fondo todos nosotros, los vivos, no somos más que muertos que todavía no hemos entrado en funciones, todos esos cumplidos, todas esas reverencias en el vestíbulo que llamamos deferencia, gratitud, afecto, con las que mezclamos tantas mentiras, son inútiles y fastidiosas.

112

Con los contemporáneos nos podemos topar y hasta acostar. La posibilidad de interlocución presencial desbarata la armónica quietud que nos inspiran los muertos. Despreciamos a los vivos por el hecho de serlo. Sus trabajos nos impelen al pesimismo: todo ha sido ya creado y cualquier esfuerzo experimental acaba en autoengaño y quimera. Las cimas literarias inexpugnables a las que aspiramos son pretéritas. Nos abochorna el cloqueo de lo actual, la petulancia del loro. Virginia Woolf en su magnífico texto “Cómo afecta a un coetáneo” atemperó los ánimos y apostó por la medida:

La literatura moderna, pese a todas sus imperfecciones, tiene el mismo atractivo para nosotros, la misma cualidad adorable de formar parte de la esencia, de ser el globo donde estamos y no el globo que contemplamos con respeto desde fuera.

Lo anterior nos invita a usar el método socrático y a proponer un racimo de preguntas, todas ellas dirigidas hacia una misma ruta: ¿desde qué globo lee el corrector de textos? ¿No termina siendo el corrector un ginecólogo literario que ya no experimenta placer ante las tramas y solo garabatea en los márgenes deleátures e ilegibles diagnósticos? ¿El buen corrector ha de ser neurótico por naturaleza? ¿Por qué los

correctores se excitan ante las erratas? o ¿por qué enferman de abulia cuando los gazapos brillan por su ausencia? ¿Será porque estos evidencian la fragilidad humana, ya sea del autor o del impresor, y el corrector, al solventar el yerro, se endiosa en su anonimato? ¿Y no podría ser el corrector una alcahueta que allana el camino entre el autor y el lector? ¿Aquel que pule las imperfecciones antes de que se produzca el encuentro?

Concebimos al corrector como epítome del lector compulsivo y obsesionado; como un San Sebastián lacerado por tildes, comas mal puestas y sintaxis de dientes desordenados y filosos: también como un potencial “traductor, traidor” capaz de enmendarle la plana al más torpe prosista. Juan Villoro jugó con esta idea en su cuento “Corrección”:

Con un deleite que sólo puedo atribuir a quien sustituye una adicción por otra, Germán Villanueva corregía mujeres. Los textos de Julia y Claudia y Lola y Montserrat lo impulsaban a hacer vertiginosos cambios con su excitado bolígrafo de tres colores. Buscaba sinónimos, inventaba símiles, adjetivaba con tensa puntería.

El corrector trabaja con la tentación permanente de boicotear textos y de hacerlos suyos desoyendo al autor. Se convierte en un guerrillero del bando de los sin mácula. En este sentido, José Saramago, en su *Historia del cerco de Lisboa*, da vida al corrector Raimundo Silva, el hombre que, en un acto de rebeldía, planta un “no” en un texto historiográfico.

¿Y qué tiene que ver todo esto con el erotismo? Podría tratarse de cierta parafilia que se regodea en las cicatrices. O de la convulsa búsqueda de la perfección que comparten el corrector y el calígrafo: esa por la que repudian a las letras insumisas y veneran la tersura inmaculada de los textos.

Lo que parece demostrado es que, en lo más secreto de nuestras almas secretas, nosotros, los correctores, somos voluptuosos.



Temo que mis años de correctora de textos hayan provocado en mí la patológica necesidad de hallar en ti esa errata susceptible de ser corregida de un plumazo.





## FUSTAS LIBRESCAS

---

**C**omo los revólveres en el Viejo Oeste, hay libros que se esconden entre las sábanas de la cama, espacio íntimo donde los haya. Sei Shonagon, dama de compañía de la emperatriz japonesa Fujiwara no Sadako, escribió el delicioso *El libro de la almohada*, en el siglo X de nuestra era. Entre las enumeraciones y listados que completan su diario, encontramos dos ideas muy *ad hoc* con el tema que nos ocupa. Por un lado, señala “no ser leída” como una de las causas de mayor desolación que se pueda experimentar en la vida. Por otro, se muestra categórica al afirmar que: “Dos cosas no nos han de faltar: las delicias de la carne y las delicias de la literatura”.

En su novela *La vida en sordina*, David Lodge recrea la escena de un académico que se excita azotándole las nalgas a una alumna con un grueso volumen de lingüística aplicada. El párrafo divierte y acalora (literalmente) a los bibliófilos, poco acostumbrados a concebir el libro en esta función fustigadora.

Lamento interrumpir. Un amigo me dio este dato, pero luego se retractó: esa escena nunca fue escrita por Lodge. En la novela, la alumna le pide al maestro que la nalguee, pero no hace alusión a libro alguno. Mi amigo imaginó unos párrafos y me los ofreció de buena voluntad, sin percatarse del error hasta pasados unos días. Cuando me comunicó el dislate, yo ya había escrito mentalmente hasta un *paper* pseudoacadémico, algo así como *An Approach to the Books as a Tool for*

*Literary Spanking.* Finalmente, y a pesar de todas las inconsistencias, conservé estas fustas librescas.

118

El objeto libro transformado en fusta no es un recurso habitual en ese género tan específico de la azotaina erótica. Eso de sacar el libro de la estantería de la biblioteca –a ser posible de pasta dura– para palmear glúteos ajenos no ha sido explotado ni en la ficción ni en las lubricantes vidas de quienes han hecho de la lascivia su *leit motiv*. No obstante, lectura y azotes comparten el calificativo de vicio. Si la lectura se definió, como ya hemos señalado en páginas anteriores, de “vicio solitario” –y también de “vicio impune”, según la expresión popularizada por Valery Larbaud, en su opúsculo de 1925–, el gusto por la azotaina se reconoce como el gran “vicio inglés”, un concepto del que escribió extensamente Ian Gibson:

Impotentes sin recurrir a los azotes, real o imaginariamente, las innumerables víctimas del sistema no solo se vieron abocadas a una vida de deseos avergonzados e inconfesables, que hacía difícil, si no imposible, una relación matrimonial satisfactoria, sino que su condición dio origen a un auténtico océano de pornografía en la cual se recreaban *ad-infinitum* las añoradas escenas juveniles y sus ramificaciones.

Los británicos no han descubierto nada nuevo. Hay pruebas gráficas de la existencia de azotainas que alientan el sexo desde, al menos, el siglo v a. C. La Tumba de la Flagelación etrusca, ubicada cerca de Tarquinia, conserva un fresco que representa a dos hombres azotando a una mujer, mientras se desfogan sobre el cuerpo de la susodicha con sus miembros inhiestos. Sin embargo, esta práctica no alcanza notoriedad hasta la Ilustración y, con mucho más empuje, entre los victorianos, afectos a la disciplina que despierta y abre la carne. Del siglo XVIII rescatamos una confidencia de Jean-Jacques Rousseau en sus *Confesiones*: cuando aún era un niño, su institutriz, de unos treinta años, lo golpeaba y lo excitaba con cada golpe. Colegimos de lo anterior que la letra (o el amor a los libros) con deseo sexual entra:

El cariño, propio de una madre, que la señorita Lambercier nos profesaba, la revestía de la autoridad de tal, y algunas veces usaba de ella imponiéndonos

castigos merecidos. Durante mucho tiempo se concretó a la amenaza, pareciéndome espantosa la prometida pena, nueva enteramente para mí; pero desde que la sufrí me pareció mucho menos terrible de lo imaginado. Y lo más particular es que aquel castigo aun me aficionó más a lo que me lo había impuesto, de modo que fue necesaria mi natural dulzura y toda la verdad del afecto que le profesaba para que no tratara de conocer la repetición del mismo, mereciéndolo, porque encontré una mezcla de sensualismo en el deber y en la vergüenza del castigo, que me hacía desear recibirlo otra vez de la misma mano. Es verdad que había en ello cierta precocidad instintiva del sexo y, por lo tanto, el mismo tratamiento practicado por su hermano no me habría parecido tan gustoso.

El verdadero *mise en abyme*, la auténtica construcción especular, consistiría en un relato en el cual el implemento de fustigación fuera o bien *Elogio de la azotaina*, de Jacques Serguine, o *Histoire de la fessée de la sévere a la voluptueuse*, de Jean Feixas (se nos hace un exceso la flagelación con un volumen de la Enciclopedia Británica). Y que mientras el elemento pasivo recibe el escarnio de una mano extendida, una pantufla (en el mejor de los casos), la palmeta de madera, el cinto de cuero (hostigando la carne con la punta o la hebilla) o el fuate, la víctima leyera con deleite uno de estos tres volúmenes: *Claudine en la escuela*, de Colette; *Delta de Venus*, de Anais Nin, o *Azotando a la doncella*, de Robert Coover.

Aportamos un dato curioso para bibliófilos sobre la audaz maquinaria generadora de textos de Coover (la machacona repetición nos nalguea monótonamente como el señor a su doncella). En su novela, solo aparece en una ocasión la palabra libro. De hecho, solo menciona a los *empty books*, uno de esos objetos desconocidos para la doncella que estimulan las erecciones del señor. Brillan por su ausencia los libros, pero culebrean por los párrafos las cicatrices abiertas en un cuerpo. Estas forman jeroglíficos irresolutos a los ojos del castigador.

Mi amigo me sugiere que reflexione sobre lo siguiente: “¿Por qué el libro no se ha transformado en fusta? ¿Tal vez se deba a que la herencia de la Ilustración sacraliza el libro, y nos impide usarlo como artilugio erótico?”.

Ciertos sádicos hallaron en los libros un instrumento de tortura capaz de infligir dolor, lejos de las partes pudendas del infractor. De rodillas, y con los brazos en cruz, se sometía al sentenciado a un suplicio público: sostener en las palmas de sus manos tantos libros como la “aritmética penal” dictaminara para exonerar su culpa. El castigo dependía del peso del objeto libro (estático, inmutable, impoluto) y no del ritmo desquiciante del azote (que mancilla, ensucia, desgaja, humedece y animaliza).

En otras ocasiones, el objeto libro adquiere cualidades (físicamente) sanadoras y embellecedoras: nada mejor que caminar con libros sobre la cabeza para mantener la postura erguida y evitar siluetas cabizbajas y jorobadas. De hecho, las y los modelos (pose deseable, cuerpos ídem) equilibran libros sobre su testa para obtener la elegancia etérea con la que desfilan en la pasarela. Sea como fuere, la proximidad de los libros a las neuronas da buenos resultados.

## LA CAMA, REFUGIO DE LECTORES HEDONISTAS

---

“Las pasiones –dictaminó Gaston Bachelard en *La poética del espacio*– se incuban y hierven en la soledad. Encerrado en su soledad el ser apasionado prepara sus explosiones o sus proezas”. La casa, remedo de caverna, la habitación propia, la cama ensabanada (íntima), la mecedora de larga historia familiar (el vaivén que hereda la abuela a la hija y de ahí, a la nieta), el sofá, la ventana que permite el paso de la luz, el tamborilear de la lluvia, la escapatoria, la protección o la lámpara de luz temblorosa ante la tormenta.

Hay lectores que aceptan, como un mal menor, acometer su acción lectora en espacios públicos: bibliotecas, parques, peñas con vistas al océano, un tren que cruza paisajes (y, de paso, el interior de sus pasajeros), cafés o estaciones, en las que se entremezclan despedidas reales con ficticios adioses. Sin embargo, si un espacio congrega toda la lubricidad lectora este es el lecho deshecho, sin ton ni son, con la almohada erecta, vigía de las lecturas, y un pie desnudo sobre las sábanas marcando el ritmo de la prosa, deslizándose por la tela ante la inminencia de un descubrimiento que virará la trayectoria de la trama. Los lectores médiums alcanzan lo sublime a puerta cerrada. “Parece que el goce de leer es reflejo del goce de escribir, como si el lector fuera el fantasma del escritor”, Bachelard *dixit*.

Irene Vallejo dedicó unas palabras a quienes resucitan creaciones ajenas, haciendo uso del aliento lector, y eligen para ello el quirófano de la cama propia, aquel espacio en el que se operan algunos de los cambios más trascendentales de nuestras vidas.

Las lectoras dedicamos muchas horas de nuestra vida al placer desenfundado. Lo hacemos tumbadas, sentadas, acostadas, ovilladas, en la cama, claro, pero también en otros lugares, a veces boca abajo o boca arriba [...] Gracias a los libros habitamos en la piel de los otros, tocamos sus cuerpos y nos hundimos en su mirada.

Vallejo pronunció estas palabras con motivo del Día de Sant Jordi, jornada en la que, como marca la tradición nacida a principios del siglo XX, nos regalamos libros. La filóloga española –Nietzsche definió al filólogo como aquel que domina el arte de leer con lentitud– recordó en esa ocasión que Jordi proviene del griego Giorgios, “un nombre que tiene la misma raíz que orgía” y añadió: “Estoy convencida de que los libros son felices cuando pasan de cama a cama”.

122

Si una mesa de cocina no se cruza por medio (como en *El cartero siempre llama dos veces*, de James M. Cain), o la excitación mayúscula no se produce en una profusa biblioteca (como en *Expiación*, la magnífica novela de Ian McEwan), el espacio más común (y no por ello menos placentero) para el fornicio sigue siendo la cama, sacrosanta y putificada, ya sea propia o ajena (un motel, un balneario decadente en días de *spleen*, un lupanar...).

Leopoldo Alas “Clarín” bosqueja dos tipos de lectoras en *La Regenta*. Tenemos, por un lado, a la marquesa de Vegallana, lectora voraz de periódicos satíricos con caricaturas, revistas y novelas. La marquesa se había mandado a construir un espacio personal muy *ad hoc* para satisfacer su deleite lector:

El sofá, de panza anchísima y turgente, con sus botones ocultos entre el raso, como pistilos de rosas amarillas, era una muda anacreóntica, acompañada por los olores excitantes de las cien esencias que la Marquesa arrojaba a todos los vientos.

Por otra parte, la recatada y enfermiza Regenta, confundida por la febrícula, deliciosamente arrellanada en su lecho virtuoso, imagina excitantes espacios de lectura escapista:

Dejaba el libro sobre la mesilla de noche y con delicia que tenía mucho de voluptuosidad, se entretenía en imaginar que pasaban los días, que reco-

braba la energía corporal: se contemplaba en el parque, en el cenador, o en lo más espeso de la arboleda leyendo, devorando a su Santa Teresa.

Resulta interesante observar cómo el escritor adereza sus escenas de lectura femenina con adjetivos erotizantes: turgente, excitante, voluptuoso. La lectora devora hagiografías o frivolidad, lo que tenga a mano, lo que se le permita. *Las mujeres, que leen, son peligrosas* se titula el libro de Stefan Bollman, un atractivo volumen sobre la historia de la lectura femenina a través de pinturas, grabados y fotografías que van de la Edad Media a la actualidad. En este libro –complementado con el de las fotografías del húngaro André Kertész, *Leer*– se observa cómo la lectura solitaria se convierte en un baluarte de libertad: vestirse o no hacerlo, abrirse de piernas o permanecer con la espalda rígida pegada al respaldo de una silla; ovillarse en el sofá o no, masturbarse tras lo tórrido de un pasaje o acariciarse sutilmente el pecho céreo. Mece-dora, sofá, *chaise-longue* o cama... Estos espacios (“residencias de las delicias”) resultan óptimos para dar rienda suelta a la pasión lectora. Frente a la rigidez de los lectores eruditos y solemnes se despliega la revolución de aquellas que defienden el acto anárquico de la lectura. Se ofrecen nuevos usos y costumbres para desempeñarlo: hundirse en la intimidad de las tramas literarias acompasadas por el hundimiento literal de sus cuerpos desnudos (¿por qué no?) en los esponjosos almohadones de sus lechos. La intimidad extrema arrulla la lectura y convoca ausencias.

Para Colette su cama, en tiempos de enfermedad pero también de juvenil desenfreno, era mucho más que un lecho. Su “cama-balsa”, como ella la denominaba, era un espacio de navegación a ratos rodeado de calma chicha, a ratos mancillado por turbulentos abordajes. Precisamente allí, Colette ordenaba, leía, escribía, recibía, conquistaba, se lamentaba o se dejaba llevar por el flujo desbocado de la literatura propia y ajena. En la cama, esquivaba intrusos molestos y recibía desnuda a sus favoritos. En la cama, los pensamientos se suceden con una gozosa lubricidad que desembocan en un territorio de libertad individual. En la cama, mejor que en ningún otro lugar, se navega entre la vigilia y la ensoñación. Lo real y lo onírico ronronean al unísono; las batallas eróticas pasadas, todas esas intimidades de alcoba, se solapan a la lectura y la engrandecen. Para leer, nos despojamos de las máscaras

y los afeites. Escondidos en nuestro caparazón de sábanas, aceptamos el reto de la alteridad. Nada ni nadie lo impide en esta intimidad exquisita que nos ofrece el lecho. Nos ovillamos para desovillar tramas. De decúbito supino, nos enfrentamos con las sensaciones que huyen de las páginas de un libro hacia nuestra cabeza. Otras veces, adoptamos una posición fetal, dejamos el libro a nuestra altura, y leemos de soslayo, subrepticamente, al borde del sueño. Como escribió Ángel Gabilondo en *Darse a la lectura*:

Siempre hay alguna noche que nos convoca a abrir un libro, que a su vez parece dormir en cierta penumbra esperando ser alcanzado por nuestra mirada [...] Es hora de entregarnos. Ya no hay excusas. Estamos a solas. Nada nos perturba. Salvo todo, que cobrar una presencia radical y que se ofrece sin miramientos, que nos sitúa ante lo que somos y lo que no somos...

Quienes se envuelven en lecturas solitarias desde la trinchera de su cama, transforman el texto literario en un apéndice rebelde de su propio cuerpo. El lector dormita con el libro haciéndose un hueco entre las colchas. El texto no se está quieto. A veces hasta se cuela en los sueños de un durmiente que no está para la labor de comprender lo leído ni de interpretarlo: sencillamente, lo deja ser oníricamente.

Sin desmemoria, la aventura de leer no sería la misma. Olvido libros como difumino cuerpos tras la consumación del amor. El olvido me permite sorprenderme con aquellos episodios borrados de mi memoria: podría reenamorarme o reforzarme en la idea de que estoy ante un bodrio. Puedo catapultar obras o defenestrarlas. Puedo olvidar de nuevo, aunque nunca olvide del todo. Dejo hibernando textos que terminarán reivindicándose a la luz de nuevas experiencias o se desinflarán como llanta herida por un clavo anillado. Mis relecturas más placenteras las realizo en la cama: no me enfrento únicamente con un texto concreto al que apoyo en la almohada o sostengo sobre mi cabeza; me encaro conmigo misma convertida en una sorpresiva cadena de lectoras pasadas. Gracias a los libros, me reencuentro con quien fui. Recupero separadores, subrayados, palabras en los márgenes, huellas. De esta manera, reconstruyo mis partes desmembradas que permanecen pacientemente ocultas en los intersticios de tantos libros perdidos en esas pilas de volúmenes que guardo bajo las escaleras. Nuestro caso no es distinto: me olvidarás, te olvidaré, y algún día, las palabras impresas en este libro nos harán recordar aquellos días en los que brindábamos con cava sin razón aparente.





## RESPIRAR EL TEXTO (EL CUERPO)

---

**L**a Real Academia de la Lengua recoge varias acepciones para la palabra clímax. Puede ser el “momento culminante del placer sexual”, pero también un “momento de máxima tensión en el desarrollo de una acción dramática o de un poema”. Nuevamente, se establecen poderosas conexiones semánticas entre el cuerpo del amante y el del texto literario. Ambos intensifican nuestras vidas y desplazan la medida. Un clímax textual puede detonar un clímax corporal y viceversa. Como sostenemos en estas páginas, hay lecturas pirómanas, que nos abrasan y nos agotan. Cuerpo y texto espejean en ese alimentarse el uno del otro. Borges recomendaba a sus alumnos: “La lectura hedónica, la lectura del placer, no la triste lectura universitaria hecha de referencias, de citas, de fichas...”.

Mientras se alcanza el clímax sexual (el orgasmo), la respiración sufre alteraciones que fluctúan del jadeo al resuello. Los sexólogos recomiendan disminuir la velocidad de la respiración antes de llegar al clímax. Los gurús del cuento sugieren suspender la acción, demorar las respuestas y postergar la llegada de ese otro clímax; pero aún queda por cumplir un ejercicio previo. En 1817, el poeta Samuel Taylor Coleridge acuñó la lúcida expresión “voluntaria suspensión de la incredulidad” como condición contractual entre escritores y leyentes. En el caso de los amantes, ¿no es también más que recomendable dejar la incredulidad para mañana? (“Hoy nos creemos este cuento”). ¿No es esa la actitud lectora ideal para engañar la soledad durante el acto?

Hay lectores que no se conforman con silabear las palabras, sino que desean fundirse con la respiración creativa del autor. Cuerpos y

textos existen porque respiran. No hay de otra. Leer implica dejarse acunar por el ritmo del texto, ya sea sosegado, ya agitado. No se trata solo de comprender e interpretar párrafos, sino de enredarse a esas líneas mientras se aspira el mismo oxígeno con el que nacieron.

En un tiempo predominó la *scriptio continua*, en la que no se utilizaban espacios para separar las palabras, ni existían signos de puntuación. Así lo cuenta Ángel Gabilondo:

128

Los romanos, por ejemplo, disponían de verdaderos profesionales para la lectura. Los copistas escribas no eran propiamente los lectores. Dado que los volúmenes se ofrecían en una escritura continua, resultaba singularmente complicado hacerse cargo de su contenido. Se requería para la puesta en público de lo escrito lo que hoy denominaríamos un personal altamente cualificado, capaz de cortar en palabras y frases esos textos continuos, de hacer en la interpretación las debidas puntuaciones y de leer sin cometer errores sintácticos ni fonéticos. Podría decirse en este sentido que leer era procurar que el ritmo fuera el adecuado, que se correspondiera con el latir del texto y que la sístole y la diástole fueran tanto del lector como del escrito, sintonizando así con el decir inscrito del escritor.

Algunos lectores, cuando prestan su voz, entran en trance. Ya sea porque son profesionales de dicción entrenada, porque el texto es de su autoría o porque este les toca alguna fibra sensible, saben insuflarle ese aliento (*pneuma*) que revigora el mensaje. El pre-socrático Anaxímedes defendía que “el alma es aire”. Como señaló Nietzsche:

Quien sabe respirar el aire de mis escritos, sabe que es un aire de alturas, un aire fuerte. Es preciso estar hecho para ese aire, de lo contrario se corre el no pequeño peligro de resfriarse en él.

En *Cyrano de Bergerac*, Edmond Rostand ejemplifica hasta qué punto un texto renace gracias a esa voz que reproduce el ritmo de la escritura, con las pausas y la entonación adecuada. Cyrano y Christian desean a la misma mujer, Roxana. Uno tiene la palabra y el otro, el físico. “¡Hagamos de los dos un héroe novelesco!”, propone Cyrano. Más allá de esas escenas iniciales, algo empalagosas, donde uno

recita las palabras que el otro le dicta bajo el balcón de la amada, el último acto de esta obra reivindica el poder de aquellos lectores que verdaderamente conocen la exégesis del texto.

Roxana vive en un convento desde que Christian perdió la vida en el campo de batalla. En estos quince años de reclusión, Cyrano de Bergerac no ha dejado de visitarla ni un solo día. Ella sigue guardando celosamente la carta que hallaron en el cadáver de su enamorado y de la que ella era la destinataria.

¡Cada uno de nosotros tiene una herida: yo, la mía!... ¡Esta vieja herida, sin embargo, está siempre viva! (*pone su mano sobre el pecho.*) ¡Está aquí, bajo una carta de papel amarillento, donde aún se pueden ver lágrimas y sangre!

129

Cyrano, el auténtico autor de la misiva, y quien ha sabido permanecer todo este tiempo en el anonimato, le pide leerla y lo hace en voz alta para sorpresa de Roxana.

Esta tarde, amada mía, tengo el corazón lleno de amor no expresado... ¡y voy a morir! Nunca, jamás, mis ojos embriagados, mis miradas alegres...

A medida que Cyrano lee, el texto recupera todo su significado. Las inflexiones y modulaciones en la voz del autor-lector restituyen la pasión original con que nació cada frase hace tres lustros. Roxana despierta del letargo y se enfrenta a la anagnórisis, ese paso del desconocimiento al conocimiento, la epifanía, una iluminación: Cyrano de Bergerac la amó y continúa haciéndolo en silencio.

ROXANA: ... ¡Y durante catorce años, habéis desempeñado el papel del viejo amigo que viene para ser simpático!

CYRANO: ¡Roxana!

ROXANA: ¿Erais vos?

CYRANO: ¡No, Roxana, no!

La verdad, por mucho que Cyrano niegue, ya ha sido revelada.

ROXANA: Y el alma... ¡el alma era la vuestra!

Ante este último argumento, Cyrano deja de refutar lo irrefutable. Solo salen de su boca, torpes balbuceos.

ROXANA: ¡Ay!... ¡cuántas cosas ya muertas vuelven a renacer!...

El leyente, afectivamente involucrado en el texto, desbroza las malas hierbas que crecieron sobre el nicho de las palabras muertas, y las lee (las besa) para que, con ese nuevo aliento, reanuden su viaje.

Quien respira profundamente un texto, acaba haciéndole el boca a boca. Los actores lo saben bien.

## BIBLIOTECAS CONTRA EL LECTOR

### FRÍGIDO

---

**C**uatro “eles” debidamente acomodadas forman un rectángulo, la cubierta de un libro. Sin duda, esta es una ocurrencia como otra cualquiera que sirve de excusa para hablar de cuatro tipologías de personas altamente erotizadas en el vivir y en el leer. Nos referimos a los individuos lascivos, libertinos, licenciosos y libidinosos. Leer, ya lo dijo Piglia, no es un hábito, sino un modo de vida. El lascivo es juguetón o retozón, divertido, bromista e incontinente en lo moral. El libertino se pasa de la raya, desconoce los límites y no tiene control u obstáculo que lo detenga, al igual que el licencioso, sujeto sin reglas ni freno. El libidinoso exuda deseo sexual. Notanpuan, una librería y editorial argentina, define al lector lascivo como aquel que “acerca su nariz al libro. Lo huele. Lame sus palabras”, y no se toma nada tan en serio. Libertinos y licenciosos podrían convertir al objeto libro en compañero de sus hazañas sexuales o lo incorporarían a los juegos previos con notoria imaginación, nos dice Roland Barthes.

Ni la cultura ni la deconstrucción son eróticos: es la fisura entre una y otra la que se vuelve erótica. El placer del texto es similar a ese instante insostenible, imposible, puramente novelesco que el libertino gusta al término de una ardua maquinación haciendo cortar la cuerda que lo tiene suspendido en el momento mismo del gozo.

El libidinoso arde y el libro ejerce de combustible. Frente a estas hordas de lectores cachondos (del latín, *catulus*: cachorro, “perro en celo”),

se deslinda un ejército de leyentes fríos. “Qué antipáticos los libros inmaculados de lector frío”, señala Juan Pablo Villalobos. Algunos teóricos definen a este lector frío como aquel “que lee por obligación, porque la lectura le será provechosa y útil para sacar un título académico, pero que ni ama leer, ni pone su yo en la lectura” (¿no recuerda lo anterior al lector mecánico de Edith Wharton?). Los bibliotecarios-lectores –conocedores del placer que producen los textos– buscan estratagemas (en su mayoría intelectuales) para seducir a quienes no hallan en el libro-objeto un sujeto de deseo. Muchos escritores –comenzando por el poeta Calímaco, autor de un primer *catálogo* de la Biblioteca de Alejandría– trabajaron en el subsuelo, en los almacenes que albergan libros amenazados con el expurgo. Marcel Proust más que laborar, leyó vorazmente en la Biblioteca Mazarina, de la que fue becario y de la que finalmente recibió una carta de despido. Frente a este comprensible borrón proustiano en la relación de los escritores con las bibliotecas –Proust jamás trabajó en otra cosa que no fuera su obra–, el rigor de Jorge Luis Borges y Georges Bataille en las bibliotecas nacionales de sus respectivos países. El bibliotecario de raza tiene fe en el poder salvífico de la literatura y esta fe le lleva a emprender un sinfín de aventuras, algunas muy alejadas del sedentarismo que pudiera relacionarse con su misión: de los carromatos por el Lejano Oeste a los biblioburros por Colombia. Los libros han viajado en los más variados medios de transporte y han sido resguardados por hombres y mujeres. Como nos cuenta Irene Vallejo, un ochenta por ciento de quienes trabajaban en bibliotecas, allá por 1910, eran mujeres solteras: “el imaginario colectivo –señala en *El infinito en un junco*– forjó la caricatura de la bibliotecaria solterona, avinagrada, antipática, con moño gris, gafas, ropa anticuada y muchas ganas de gruñir”. Y aunque, en principio, estos personajes más que erotizar a infantes hormonados los hacían huir, hoy en día si realizas en Google una búsqueda con las palabras bibliotecaria y follar, las referencias de videos pornográficos y chascarrillos obscenos al respecto sorprenden por su variedad (de “bibliotecaria tetona follando entre los anaqueles” a “tirándome a una joven bibliotecaria ninfómana”, y un largo etcétera de títulos escabrosamente soeces con un toque de humor involuntario).

Estos anecdóticos encuentros sexuales bordeados de estanterías pudieran no ser tan marginales como imaginamos por la visión sacrali-

zada que mantenemos del libro y su entorno. La Universidad de Salamanca se hizo eco de los resultados de una encuesta de 1992 realizada por Will Manley, un bibliotecario retirado. He aquí algunos de los datos más curiosos de dicho estudio: un 20 por ciento de los bibliotecarios confesaba que había mantenido relaciones sexuales en la biblioteca; un 78 por ciento de las bibliotecarias sentían que habían sido acosadas sexualmente por algún usuario; y ante la petición de describir su primer encuentro sexual con el título de una obra de Shakespeare, el 23 por ciento recurría a *El sueño de una noche de verano* y un sardónico 22 por ciento recordaba *Mucho ruido y pocas nueces*.

En este epígrafe viene al caso mencionar la iniciativa de una biblioteca pública de Santiago de Chile, en la que se abrió una Sala+18. Los impulsores de dicho espacio defendían la lectura como acto de perversión. Por eso, además de exponer títulos obvios en sus anaqueles (de *La filosofía en el tocador* del Marqués de Sade, a *Snuff* de Chuck Palahniuk, pasando por la *Historia de la sexualidad* de Michel Foucault), los responsables del lugar favorecían el diálogo entre prostíbulos, clubes nocturnos, moteles y *sex-shops* de la comunidad. Se establece una nueva conexión entre la erótica de la lectura y el sexo puro y duro que no excluye al libro de su universo. Por cierto, la endogamia y el poliamor, que fructifican en algunos clubes de lectura, apuntalan estas conexiones, pero esa es ya otra historia...



## ELOGIO A LA PRÁCTICA TEXTUAL

---

**E**n el universo lacaniano, el cuerpo es un texto: “Un hombre no es más que su significante”. Quien escribe y lo muestra, exhibe su cuerpo: lo llena de afeites o lo desgarrá públicamente. Cuando ese cuerpo se enfrenta al lector, comienza el cortejo:

El lenguaje es una piel: yo froto mi lenguaje contra el otro. Es como si tuviera palabras a guisa de dedos o dedos en la punta de mis palabras. Mi lenguaje tiembla de deseo...

El anterior texto pertenece a *Fragmentos de un discurso amoroso*, de Roland Barthes. Cuatro años antes de su publicación, había visto la luz *El placer del texto*, opúsculo donde el crítico literario y filósofo previene contra el mal que podría minar esa perpetua historia de amor entre los textos (*tejidos*) y los cuerpos: la frigidez, un enemigo frío y calculador que alienta la desconexión emocional y física.

Comenzamos estas páginas aludiendo a la alegoría del lector como devorador de palabras, y reproducimos, además de dos citas bíblicas, un fragmento de *Thomas El Oscuro* de Maurice Blanchot. Finiquitamos con otro fragmento:

Pero leía. Leía con un cuidado y una atención insuperables. Estaba, ante cada signo, en la situación en que se encuentra el macho cuando la mantis religiosa va a devorarlo. Uno y otra se observaban. Las palabras, extraídas de un libro que cobraba una fuerza mortal, ejercían sobre su mirada, que las tocaba, una atracción dulce y placentera a la vez.

Leer es un festín de los sentidos, una práctica textual donde placer y goce (limitada por convenciones o voluptuosa y desbordada) acampan a sus anchas en un espacio abierto, inexplorado y erótico (el hueco) entre el autor y su lector. Cuando el lector accede al texto, desbroza su propio camino. Puede brincar sobre párrafos farragosos, tropezar y llegar a caer por un acantilado (el de la incomprensión y la indiferencia). Si a pesar de todo la atracción no se esfuma, el lector se aferrará a algún arbusto (algún hilo del tejido) donde permanecerá suspendido hasta que le dé la gana.

136

Algunas noches emprendo un acto de rebeldía y lanzo sobre la abisal brecha que nos separa estas lianas trenzadas de palabras. ¿Y si nos enredamos en el vacío mientras nos columpiamos y leemos? Después de todo, tú y yo hablamos el mismo idioma y siento un deseo animal; seducirte para abandonarte en el margen del punto final. Justo donde tú lo ibas a hacer [...]

El corchete [] tiene su aquel: erotismo y misterio, aparición y desaparición, la posibilidad de encadenarse a otros corchetes cautivadores; la constatación de que en nuestra piel corre el hilván de nuestros textos, aunque los neguemos. La perpetuidad se sirve en unos recipientes en miniatura: los alfabetos. Sin embargo, la sazón se halla en el placer o en el goce con los que se escribe. Reclamaba Barthes:

Ese texto usted lo ha escrito fuera de todo goce y, en conclusión, ese textomurmullo es un texto frígido.

Estoy gritando en bata y pantuflas. Me aterroriza haber compuesto un texto frígido (o flácido, o frígido y flácido a un tiempo). Consulto en la web para saber cómo distinguir un texto de estas características frente a otro con vigor. No me hagan mucho caso, pero a estas alturas de esto que llamo vida de una escritora sin suerte, me atrevería a ambicionar la maternidad de un texto semental, un miura lúbrico, que mire de frente y sin complejos a sus lectores erotizados.

(“Lobo suelto: anarquía coronada”, un sitio de la blogosfera con el que nunca me había topado, espeta a sus seguidores: “¿Cómo diferencias un texto impotente y flácido de uno bien parado? ¿Cómo diferenciar un texto frígido de uno húmedo y caliente? Es fácil: hay que cojérselo (*sic*). No agarrarlo. Cojerlo (*sic*). Meterlo dentro de una, meterse dentro de él. Y así encontrar la verdad”).



Me inquieto: ¿si me cojo un texto con placer y gozo podrían quedar mis textos o yo misma (Dios me libre) embarazados de su autor? ¿No es esto lo que llaman influjo?

¿La historia de la literatura, con sus cimas inexpugnables, sus cadenas montañosas y sus valles y acantilados no será el producto de millones de coitos textuales, algunos dolorosos, otros lúdicos y unos cuantos amenazados por un espíritu frígido y mortal?



## A MODO DE CONCLUSIÓN: CRUCÉMONOS EN PAZ

---

**V**irginia Woolf (quien, como Bach, es Dios o, al menos, la constatación de que alguien muy por encima de nuestras cabezas conoce la fórmula de la trascendencia) escribió:

Permitir que unas autoridades, por muy cubiertas de pieles sedosas y muy togadas que estén, entren en nuestras bibliotecas y dejar que nos digan cómo leer, qué leer, qué valor dar a lo que leemos es destruir el espíritu de libertad que se respira en esos santuarios. En cualquier parte nos pueden atar leyes y convenciones; ahí no tenemos ninguna.

¿Y si jugamos y sustituimos en el párrafo anterior el verbo leer por follar (de *follicis*: fuelle para avivar el fuego)? ¿Y si cambiamos biblioteca por hogar? ¿No estaríamos más que de acuerdo con el resultado obtenido? (Permitir que unas autoridades, por muy cubiertas de pieles sedosas y muy togadas que estén, entren en nuestro hogar y dejar que nos digan cómo follar etcétera, etcétera, etcétera).

Leemos sin cortapisas para avivar el fuego e incendiar en cada lectura la convención establecida entre lector y autor, ese camino tortuoso de mentiras, el causante de tantos placeres y dolores. Leemos porque admiramos (envidiamos) la libertad ajena y osamos protagonizar una pirueta (durante nuestra lectura) que desconcertará al mismo autor. Por mucha rigidez con que el escritor haya creado su obra, cada vez que iniciamos la lectura de un texto nos introducimos en un mundo ácrata, multiplicador, caleidoscopio de espejos reflectantes y fangos,

de nieblas y pájaros: que dos y dos sean cuatro es tan fantástico como que Jonás sobreviva a la ballena.

(Inciso: en latín, *liber* es la capa fibrosa que separa la corteza de los árboles de la madera del tronco y donde, según Plinio El Viejo, escribían los romanos antes de hacerlo en los papiros, pero *liber* era también el adjetivo latino que significaba “libre”. Aunque ambos términos provienen de raíces indoeuropeas distintas, por azares filológicos o por una serendipia prodigiosa, ya no hay manera de concebir separados los libros de la libertad).

Mi Franz Kafka no es el tuyo ni es Franz Kafka.

140

Aunque mi padre era más bueno que el pan, me hundí en el terror y la vergüenza, en el frío y la fragilidad, cuando el carnicero de cuchillos afilados y sucios, que era el progenitor de mi Franz, le gritó: “Voy a despedazarte como un pez”. Llovía sobre Praga y bajo mis sábanas. Temblé. No obstante, cuántas veces deseé ser Milena y traducirle para traducirme. De su mano nerviosa y esquiva, él me incitaba a ser libre.

Si pudiera ser un indio, ahora mismo,  
y sobre un caballo a todo galope,  
con el cuerpo inclinado y suspendido en el aire,  
estremeciéndome sobre el suelo oscilante,  
hasta dejar las espuelas, pues no tenía espuelas,  
hasta tirar las riendas, pues no tenía riendas,  
y solo viendo ante mí un paisaje como una pradera  
segada,  
ya sin el cuello y sin la cabeza del caballo.

Sin mi cabeza.

Ahora confundo *América* (¿o era *El Fogonero?*) con *El proceso*. No recuerdo en cuál de sus obras pululaba el agrimensor. En mi memoria, todas las lecturas kafkianas han pasado a ser un magnífico borrón, una

suma de cicatrices de las que supura mi experiencia lectora.

Franz, solo soy libre cabalgando sobre ti sin montura.

Palpamos textos (cuerpos) entre preceptos e improvisaciones. Después de todo, no equiparamos clonación con vida duplicada. Tememos al gólem, al escultor tramposo, al molde. Surge, a pesar de todo, cierta necrofilia lectora. En ella se esconde, más que candor, una fe ciega en los textos ajados, secos y cuarteados que esperan su final en ese corredor de la muerte, que bien podría ser un húmedo almacén, infestado de ácaros, previo al expurgo.

141

Toda literatura, cuando envejece, tiene su pila de desperdicios, su registro de momentos desvanecidos y vidas olvidadas contadas con acentos débiles y entrecortados que han perecido –anota Virginia Woolf–. Pero si nos abandonamos al placer de leer desperdicios quedaremos sorprendidos, es más, sobrecogidos por las reliquias de vida humana que se han desechado para que se pudran.

Hay letras que nacieron muertas. No podemos menos que recordar la tragedia silenciada de *Bartleby, el escribiente*, de Herman Melville: fue bruscamente despedido de la Oficina de Cartas Muertas de Washington: “¿Qué ejercicio puede aumentar esa desesperanza como el de manejar continuamente esas cartas muertas y clasificarlas para las llamas? [...] Con mensajes de vida, estas cartas se apresuran hacia la muerte”. ¿Para qué o quién sobreviven, enterrados vivos, algunos textos sin lectores? ¿Para necrófilos futuros que se excitan ante el descubrimiento de autores polvosos ignorados en su tiempo?

Dejo de teclear. Estoy sobreexcitada. Desbocada, Hiperventilo. Deliro. Dada mi lamentable imagen, te invito a que salgas de estas páginas. Te vas sin aspaviento alguno. Sin embargo, antes de desaparecer, me gritas:  
—¿Y no piensas escribir nada más?  
—Hoy no –te digo.

Te alejas. Después de unos segundos sin tu mirada cenital, doy mi brazo a torcer:

—Oye, ¿y si tú y yo regresamos a los cuentos?

En ese momento, cierras el libro de un golpe seco y no sé si me has oído. Nunca lo sabré.

## EPÍLOGO

---

**F**inalizo este **baile de cortejo**. Me acerco. Me alejo. El abismo, el hueco.

Este libro nació **para hacerse realidad**, como *La historia inmortal*, de Karen Blixen. Siempre te imaginé, **lector**, entrando a la habitación de un **motel** de carretera. **Me desnudas**, te desnudo, **y comienzas a leer** este texto, *Amor caníbal*. Te observo. **Me lees**. Recorres con tus dedos **mi cuerpo**. No, recorres mi texto.

**El placer** es mío. **Es mío**. Es nuestro.

No hay más que **decir**.



## BIBLIOGRAFÍA

---

- ADLER, Mortimer J., VAN DOREN, Charles. *Cómo leer un libro: una guía clásica para mejorar la lectura*. Debate, Madrid, 2001.
- ALLEN, Woody. *Apropos of Nothing*. Arcade Publishing, Nueva York, 2020.
- AMILLS, Roser. *Las 1.001 fantasías más eróticas y salvajes de la historia*. Lectio Ediciones, Barcelona, 2012.
- Antología Áurea. Poesía de los Siglos de Oro*. Selección, edición y prólogo de Pablo Sol Mora, Universidad Veracruzana, Biblioteca del Universitario, Xalapa, 2022.
- ANTÚNEZ, Rafael. *La muchacha del verano*. Villatelibros, Serie Ensayos & Alebrijes, Bogotá, 2022.
- APOLLINAIRE, Guillaume. *Las once mil vergas*. Akal, Ciudad de México, 2021.
- ARDILA ARIZA, Jineth. "El lector antintelectual [o la lectura como una forma de caza]". *Literatura: teoría, historia, crítica*, vol. 20, núm. 2, 2018. (consultado el 07/05/2022)
- BACHELARD, Gaston. *La poética del espacio*. Siglo XXI, Buenos Aires, 2000.
- BARTHES, Roland. *El placer del texto*. Siglo XXI, Madrid, 1993.
- BARTHES, Roland. *El susurro del lenguaje*. Paidós, Barcelona, 2021.
- BARTHES, Roland. *Fragmentos de un discurso amoroso*. Siglo XXI, Ciudad de México, 2022.
- BASANTA, Antonio. *Leer contra la nada*. Siruela, Biblioteca de Ensayo, Madrid, 2017.
- BATAILLE, Georges. *El erotismo*. Tusquets, Ciudad de México, 2014.
- BATAILLE, Georges. *Las lágrimas de eros*. Tusquets, Barcelona, 1997.
- Biblia de Jerusalén*. Desdlée de Brouwer, Mensajero, 1975.
- BLANCHOT, Maurice. *Thomas el Oscuro*. Pre-Textos, Valencia, 2002.

- BOLLMAN, Stefan. *Las mujeres que leen son peligrosas*. Prólogo de Esther Tusquets, Maeva, Madrid, 2007.
- BONILLA, Juan. *La novela del buscador de libros*. Planeta, Madrid, 2018.
- BRADBURY, Ray. *Zen en el arte de escribir*. Minotauro, Barcelona, 2020.
- BRADBURY, Ray. *Fahrenheit 451*. Ediciones Perdidas, Libros de Arena, Almería.
- CAIN, James M. *El cartero siempre llama dos veces*. RBA Libros, Barcelona, 2010.
- CALASSO, Roberto. *Las bodas de Cadmo y Harmonía*. Círculo de Lectores, Barcelona, 2010.
- CALVINO, Italo. *Si una noche de invierno un viajero*. Siruela, Madrid, 1992.
- CERVANTES, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha* (tomos I y II). Cátedra, Letras Hispánicas, Madrid, 2005.
- CLARÍN, Leopoldo Alas. *La Regenta*. Edición facsímil conmemorativa del centenario de su publicación, Caja de Ahorros de Asturias, Gijón, 1984.
- COLETTE, Sidonie-Gabrielle. *Claudine en la escuela*. Anagrama, Panorama de Narrativas, 1986.
- COOVER, Robert. *Spanking the Maid*. Heinemann, London, 1987.
- CORTÁZAR, Julio. *Cuentos completos*. Alfaguara, Madrid, 2019.
- Cuentos memorables según Jorge Luis Borges*. Punto de Lectura, Ciudad de México, 2009.
- DIDEROT, Denis. *Jacques el Fatalista*. Punto de Lectura, Madrid, 2008.
- DINESEN, Isak. *Cuentos reunidos*. Alfaguara, Madrid, 2011.
- DUQUE, Félix. “¿Qué significa leer?”. *Philosophical Readings*, vol. VII, núm. 3, 2015. (consultado el 15/02/2022)
- ECO, Umberto. *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*. Lumen, Barcelona, 1993.
- ELLMAN, Richard. *James Joyce*. Anagrama Compactos, Barcelona, 2002.
- ENGEL, Marian. *Oso*. Impedimenta, Madrid, 2015.
- FAGUET, Émile. *L'Art de Lire*. Librairie Hachette, París, 1920. (consultado el 20/06/2022)
- FAULKNER, William. *Santuario*. Seix Barral, Literatura Contemporánea, Barcelona, 1985.
- FERNÁNDEZ, Macedonio. *Museo de la novela de la eterna (primera novela buena)*. Corregidor, Buenos Aires, 2015.
- FERREIRO, Emilia. *Pasado y presente de los verbos leer y escribir*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001.

- GABILONDO, Ángel. *Darse a la lectura*. RBA Editores, Barcelona, 2012.
- GARCÍA PONCE, Juan. *El libro*. Siglo XXI, Ciudad de México, 1970.
- GARCÍA SUÁREZ, Pedro. "El discurso médico español acerca de la mujer lectora durante el siglo XIX". *Debate Feminista*, núm. 56, 2018. (consultado el 12/03/2022)
- GARCÍA SUÁREZ, Pedro. *Lectura e identidad de género. La imagen de la mujer lectora en la novela realista y naturalista española*. Brno, Filozofická Fakulta, Masarykova Univerzita, 2016.
- GIBSON, Ian. *El vicio inglés*. Planeta, Madrid, 1980.
- GOULEMONT, Jean-Marie. *Ces livres qu'on ne lit que d'une main*. Alinea, Aix-en-Provence, 1991.
- GRAVES, Robert. *Los mitos griegos*. Alianza, Madrid, 1985.
- GUBERN, Román. *La metamorfosis de la lectura*. Anagrama, colección Argumentos, Barcelona, 2010.
- GUERREIRO, Leila. "Delator de realidades". Entrevista a Ricardo Piglia, [https://elpais.com/diario/2010/09/04/babelia/1283559135\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2010/09/04/babelia/1283559135_850215.html)
- HERNÁNDEZ ÁLVAREZ, María Vicenta. "Un rincón para leer con la ventana abierta: los 'Cuadernos de todo' de Carmen Martín Gaité", *CAUCE, Revista Internacional de Filología. Comunicación y sus Didácticas*, núms. 36-37, 2013-2014. (consultado el 14/03/2022)
- JIMÉNEZ, Vicente. "John Waters: 'Lo realmente terrorífico es quedarse en casa'". Entrevista a John Waters [https://elpais.com/cultura/2014/11/08/actualidad/1415467558\\_553478.html](https://elpais.com/cultura/2014/11/08/actualidad/1415467558_553478.html)
- JOYCE, James. *Cartas de amor a Nora Barnacle*. [www.elaleph.com](http://www.elaleph.com). (consultado el 24/02/2022)
- KAFKA, Franz. *Carta al padre*. DeBolsillo, Madrid, 2004.
- KAFKA, Franz. *Obras completas*. Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2003.
- KAWABATA, Yasunari. *La casa de las bellas durmientes*. Caralt, Barcelona, 1985.
- KRAMER, Samuel Noah. *La historia empieza en Sumer*. Alianza Editorial, Madrid, 2022.
- LARBAUD, Valery. *Ce vice impuni, la lecture*. Gallimard, París, 1937.
- LAUTRÉAMONT, Isidore de. *Los cantos de Maldoror*. Cátedra, Letras Universales, Madrid, 2005.
- "Lecture, Livres et Lecteurs du XVIII Siècle". Actes publiés sous la direction de Jean M. Goulemot, *Cahiers D'Histoire Culturelle*, núm. 2, 2003. (consultado el 12/03/2022)

- LISPECTOR, Clarice. *Cuentos completos*. Fondo de Cultura Económica, Tierra Firme, Ciudad de México, 2021.
- LODGE, David. *La vida en sordina*. Anagrama, Panorama de Narrativas, Barcelona, 2010.
- LÓPEZ ANDRADA, Concepción. "Reseña. Pasado y presente de los verbos leer y escribir". *Polyphonia. Revista de Educación Inclusiva*, vol 3, núm. 1, enero-julio 2019. (consultado el 23/05/2022)
- MACE, Marielle. *Façons de lire, manières d'être*. Gallimard, 2011.
- MANENTI, Humberto Alejandro. "Las escuelas de escribas sumerias: monopolio de saberes y educación tradicional". XIV Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia (2 al 5 de octubre de 2013). (consultado el 01/03/2022)
- MANGUEL, Alberto. *En el bosque del espejo*. Alianza Editorial, Madrid, 2001.
- MANGUEL, Alberto. *Lecturas sobre la lectura*. Océano Travesía, Ágora, Ciudad de México, 2011.
- MANGUEL, Alberto. *Una historia de la lectura*. Alianza Editorial, Madrid, 1998.
- MANN, Thomas. *Muerte en Venecia*. DeBolsillo, Madrid, 2020.
- MAUPASSANT, Guy de. *La casa Tellier y otros cuentos eróticos*. Alianza, Madrid, 2005.
- MCEWAN, Ian. *Expiación*. Anagrama, Compactos, Barcelona, 2011.
- MELVILLE, Herman. *Bartleby el Escribiente y otros cuentos*. Biblioteca del Universitario, Universidad Veracruzana, 2007.
- MONROE, Marilyn. *Fragmentos*. Seix Barral, Barcelona, 2010.
- NABOKOV, Vladimir. *Lolita*. Anagrama, Compactos, Barcelona, 2018.
- NIN, Anaïs. *Delta de Venus*. Alianza Editorial, Madrid, 2021.
- NO SADAKO, Fujiwara. *El libro de la almohada*. Universidad Pontificia de Perú, Fondo Editorial, Lima, 2002.
- ONDAATJE, Michael. *El paciente inglés*. DeBolsillo, Madrid, 2016.
- PAULS, Alan. *Trance*. Ampersand, Colección Lector&es, Buenos Aires, 2018.
- PESSOA, Fernando. *Galaxia de un hombre solo*. Biblioteca del Universitario, Universidad Veracruzana, Xalapa, 2019.
- PIGLIA, Ricardo. *El último lector*. DeBolsillo, Barcelona, 2014.
- PIGLIA, Ricardo. *Los cuadernos de Emilio Renzi. Los años felices*. Anagrama, Narrativas Hispánicas, Barcelona, 2016.
- PLATÓN. *Diálogos III. Fedón, Banquete, Fedro*. Gredos, Madrid, 2000.
- PROUST, Marcel. *Sobre la lectura*. Pre-Textos, Valencia, 2002.

- RIBEYRO, Julio Ramón. "El amor a los libros". *El Comercio*, 2009. (tomado del libro *La caza sutil* consultado el 04/03/2022)
- ROSTAND, Edmund. *Cyrano de Bergerac*. <https://TheVirtualLibrary.org> (consultado el 15/03/2022)
- ROUSSEAU, Jean-Jacques. *Confesiones*. Edición electrónica de [www.philosophia.cl](http://www.philosophia.cl), Escuela de Filosofía Universidad de Arcis. (consultado el 31/07/2022)
- RUIZ ZAFÓN, Carlos. *La sombra del viento*. Planeta, Madrid, 2001.
- SAN AGUSTÍN. *Confesiones*. Austral, Barcelona, 2017.
- SARAMAGO, José. *Historia del cerco de Lisboa*. Alfaguara, Madrid, 1999.
- SCHLINK, Bernhard. *El lector*. Anagrama, Panorama de Narrativas, Barcelona, 1997.
- SCHNITZLER, Arthur. *El retorno de Casanova*. Biblioteca del Universitario, Universidad Veracruzana, Xalapa, 2006.
- SERNA, Enrique. "Pupitres carnales". *Letras libres*, septiembre 2012.
- SMITH, Ali. *Amor libre*. Gatopardo Ediciones, Barcelona, 2017.
- SOL MORA, Pablo. *Bésame con el beso de tu boca: el beso erótico en los Siglos de Oro*. Visor, Madrid, 2021.
- SONTAG, Susan. *Contra la interpretación*. Alfaguara, Buenos Aires, 2005.
- Soumettre le Lecteur*. [www.fabula.org/actualites/documents/83714\\_2.pdf](http://www.fabula.org/actualites/documents/83714_2.pdf) (consultado el 14/05/2022)
- STEINER, George. "Una carta de amor a la lectura". *Letras Libres*, 30 de junio de 2001. (consultado el 17/02/2022)
- STEINER, George. *Pasión intacta*. Siruela, Biblioteca de Ensayo, Madrid, 2012.
- STENDHAL, *Rojo y negro*. Edición especial para Discolibro de Ediciones 29, Barcelona, 1973.
- VALLEJO, Irene. *El infinito en un junco: la invención de los libros en el mundo antiguo*. Siruela, Madrid, 2019.
- VILLORO, Juan. *Espejo retrovisor*. Planeta, Ciudad de México, 2013.
- VIZINCZEY, Stephen. *En brazos de la mujer madura*. Seix Barral, Barcelona, 1988.
- VOLPI, Jorge. *Leer la mente*. Alfaguara, Ciudad de México, 2011.
- VV AA. *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Bajo la dirección de Guglielmo Cavallo y Roger Chartier. Taurus, Madrid, 2001.
- VV AA. *La lectura desde la neurociencia*. Laboratorio Contemporáneo del Fomento de la Lectura. (consultado el 25/02/2022)

- WHARTON, Edith. *El vicio de la lectura*. Olañeta, Palma de Mallorca, 2011.
- WHITMAN, Walt. *Hojas de hierba*. Traducción Jorge Luis Borges, Barcelona, 1991.
- WILDE, Oscar. *De profundis y otros escritos de la cárcel*. Penguin Clásicos, 2016.
- WOLF, Maryanne. *Cómo aprendemos a leer*. Ediciones B, Barcelona, 2008.
- WOLF, Maryanne. *Proust and the Squid*. Icon Books Ltd, 2008.
- WOOLF, Virginia. *El lector común*. Lumen, Barcelona, 2009.
- WOOLF, Virginia. *Flush*. DeBolsillo, Barcelona, 2010.
- WOOLF, Virginia. *Genio y tinta*. Lumen, Barcelona, 2021.
- YUSTI, Carlos. “Burdel y lectura”. *Letralia, tierra de letras*. 5 de diciembre de 2021. <https://letralia.com/ciudad-letralia/notas-desabrochadas/2021/12/05/burdel-y-lectura/>



Siendo rector de la Universidad Veracruzana  
el doctor Martín Gerardo Aguilar Sánchez  
se publicó AMOR CANÍBAL: LA ERÓTICA DE LA LECTURA,  
de Mónica Sánchez.

La fuente tipográfica utilizada en su composición es Optima de 11/16 puntos, diseñada por Hermann Zapf entre 1952 y 1955, inspirada por la combinación de letras italianas sin remates pero de contrastes fuertes; un tipo de letra versátil que, clasificada como sans serif humanista-orgánica, tiene una ligera hinchazón en las terminales que sugieren un serif, aunque las proporciones de Optima se encuentran en la sección áurea.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de Agustín del Moral y Aída Pozos;  
la misma Aída le dio forma.

El ejemplar que ahora tienes en tus manos fue impreso sobre papel bond Eukalipto alta blancura de 75 gramos, en los talleres de Editorial Ducere S.A. de C.V., Cerrada de Gavilán núm. 26, col. Barrio de San Miguel, CP 09360, Alcaldía Iztapalapa, Ciudad de México, tel. 5556802235.



**A**MOR CANÍBAL: LA ERÓTICA DE LA LECTURA es un ensayo literario que juega (eróticamente) con el lector, mientras abre el abanico e invita a reflexionar sobre el placer físico que se experimenta al bucear en los libros. ¿Son los editores y correctores ginecólogos textuales? ¿Qué o quiénes se entregan a la prostitución literaria? ¿Existe el onanismo lector? ¿Qué papel tiene el libro como señuelo para iniciar relaciones sexuales? ¿Se podría hablar de fustas librescas? ¿Son recomendables los juegos previos? ¿Erotiza más la tinta que el píxel? ¿Qué función social cumplían los libros para leer con la mano izquierda? ¿Son la receta para mitigar el histerismo? ¿El sexteo multiplica libidos dormidas? Este volumen no da las respuestas, sino que invita a hacerse preguntas en torno a la lectura. Esta acción no innata a los seres humanos se ha convertido en una necesidad para un ejército de letraheridos ávidos de ese ménage à trois protagonizado por el autor, su texto y el lector. Por las páginas de este ensayo se asoman Virginia Woolf, Roland Barthes, Georges Bataille, Edith Wharton, Alberto Manguel, Lautrémont, Karen Blixen, Maurice Blanchot, Vladimir Nabokov, Clarice Lispector y un largo etcétera de autores que nos han contado, o nos han mostrado, que el cuerpo se hace texto y el texto, cuerpo para libremente (con)fundirse.



Universidad Veracruzana  
Dirección Editorial